

# **Comparando democracias incompletas: polarización política, la dinámica de las campañas electorales y la asistencia electoral en Nicaragua y El Salvador**

*William A. Barnes\**

## **Resumen**

Este artículo enfoca los paralelos y similitudes entre Nicaragua y El Salvador. Ambos poseen similitudes socioeconómicas, culturales, históricas y en el esquema institucional de gobierno. Asimismo han experimentado movimientos revolucionarios contra “dictaduras reaccionarias”, guerras civiles y llevado a cabo procesos de paz, apoyados y mediados por la comunidad internacional, que han culminado en las “elecciones del siglo” (Nicaragua 1990, El Salvador 1994). En este sentido, El Salvador tiene un nivel alto de abstencionismo, contrariamente a lo que ocurre en Nicaragua, pero los comentarios se dirigen principalmente a la polarización entre izquierda y derecha. También explica la dinámica de las campañas electorales y su repercusión en los resultados finales. Ambos países cuentan con diferentes componentes de democratización que pueden prosperar, estancarse o ir hacia atrás, dado que los dos se caracterizan por tener democracias incompletas.

---

\* Esta es una versión revisada y ampliada de una ponencia que fue presentada, por primera vez, en la Universidad Centroamericana en San Salvador, en enero de 1997. Se basa en un trabajo que se hizo en colaboración con

En las semanas anteriores a las elecciones del 16 de marzo de 1997 en El Salvador, el discurso de los medios de comunicación salvadoreños era muy democrático. La Prensa Gráfica y El Diario de Hoy estaban llenos de editoriales y columnas de opinión sobre la importancia de las elecciones, el deber cívico de los salvadoreños y la importancia de que los salvadoreños fueran a votar el día de las elecciones. La televisión estaba llena de anuncios al servicio público del Tribunal Supremo Electoral sobre los mismos temas. Pero esta campaña fue un fracaso, de hecho, sólo un 38 por ciento de la población en edad de votar fueron a las urnas el día de las elecciones. En los días posteriores a las elecciones, los medios de comunicación estaban igualmente plagados de comentarios que manifestaban su preocupación sobre el hecho de que la mayoría de los salvadoreños no fueron a votar. De repente, el abstencionismo de los votantes se convirtió en el tema de discusión de todos.

## 1. Introducción: abstencionismo y polarización en las elecciones en Nicaragua y El Salvador

El abstencionismo no es nada nuevo en El Salvador. Es probable que las elecciones de 1984 hayan sido las únicas en la historia de El Salvador en las cuales hasta un 60 por ciento de la población en edad de votar fue a las urnas<sup>1</sup>. En las "Elecciones del Siglo" de 1994, cuando se esperaba una asistencia alta, sólo un 53 por ciento de la población en edad de votar (PEV) emitió su voto —aunque es probable que por lo menos un 5 por ciento más hubiera querido votar, pero fue desanimado o le fue imposible por problemas que surgieron el día de las elecciones. Así, en la década de los noventa, hasta el 17 de marzo de 1997, el IUDOP ha enfatizado la importancia del abstencionismo<sup>2</sup>.

Después de las "Elecciones del Siglo" de 1994, a pesar del nivel modesto de asistencia, lo que se enfatizó en la mayoría de los comentarios sobre las elecciones no fue el abstencionismo, sino la

---

Kenneth Coleman. En adición a Ken, quisiera agradecerles a José Miguel Cruz y Ricardo Córdova su ayuda y apoyo moral, y a Anne Kamsvaag por su ayuda con la logística. Mi análisis sobre la campaña electoral en Nicaragua tiene influencia de mis discusiones con David Dye, Roberto Zub, Rodolfo Delgado y, especialmente, Manuel Ortega. Por supuesto, sólo yo tengo la culpa por cualquier error o falta de juicio en este documento. Mis investigaciones y trabajos escritos durante el período de marzo de 1996 a julio de 1997 han sido apoyados por una beca generosa de la Fundación de John D. Y Catherine T. MacArthur. Las fuentes incluyen entrevistas realizadas en Managua en marzo, junio, agosto y octubre de 1996 y mayo de 1997, y en San Salvador en marzo y agosto de 1996 y enero, marzo y mayo de 1997.

1. Es probable que la asistencia haya alcanzado un 65 por ciento de la población en edad de votar en 1984. Descarto la elección de 1982 por las razones que se explican en la nota 37. Se dice que la asistencia fue grande en las elecciones de la década de los setenta, por lo menos en las zonas urbanas, pero es imposible cuantificarla por el fraude en el conteo de los votos. En El Salvador, normalmente se calcula la asistencia como un porcentaje de los votantes inscritos (los que aparecen en el padrón). En marzo de 1997, el padrón tenía un poco más de tres millones de nombres. Todos aceptan que esto incluye medio millón de personas que están muertas o viven fuera del país. Lo que se ignora es que hay un número aproximadamente igual de personas que están en edad de votar y viven en el país, cuyos nombres nunca se han incluido en el padrón. Estimo que actualmente en el país, la población en edad de votar es de 3.1 millones. Considero que es un grave error medir la asistencia como porcentaje de los inscritos (es decir, en el padrón), excepto en los países donde el gobierno inscribe a todos en el padrón automáticamente cuando llegan a la edad de votar (como se hace en toda Europa menos en Francia). Si fuéramos a medir la asistencia de los votantes en Estados Unidos así como se acostumbra en El Salvador, convertiríamos a Estados Unidos en un país con un alto nivel de asistencia y borraríamos el contraste con Europa (en Estados Unidos, más del 80 por ciento de los inscritos votan en las elecciones presidenciales, pero sólo un 60 por ciento de la población en edad de votar está inscrita.)
2. Ver especialmente el artículo de José Miguel Cruz, director del IUDOP, "Ausentismo en las elecciones: algunas hipótesis y reflexiones desde las encuestas", *ECA*, No 545-546, marzo-abril, 1994. Hasta donde yo sé, la derecha en general y ARENA en específico, no se han quejado de la asistencia baja en el pasado. La izquierda solía hablar de la realidad y la importancia del abstencionismo en los años en que promovía el boicot a las elecciones, pero no sabe exactamente qué decir al respecto en los últimos años. Al respecto, véase también la entrevista que sostuvo Mauricio Funes con Schafik Handal, Canal 12, "Entrevista Al Día", el 19 de marzo de 1997. Handal presentó un argumento creíble sobre la naturaleza del abstencionismo y tuvo un debate interesante con Funes.

polarización entre izquierda y derecha y el fracaso del "centro" (especialmente la decadencia del Partido Demócrata Cristiano). También este fue el tema en Nicaragua después de las elecciones de 1996. Casi no se mencionó el alto nivel de asistencia en Nicaragua, lo cual fue algo sorprendente —se hubiera esperado un mayor declive en relación con el nivel alto de 1990, dado el profundo desencanto con el gobierno y los partidos políticos entre los nicaragüenses, que se mostraba en las encuestas de opinión pública de 1993 en adelante. No he visto ninguna discusión enfocada en el contraste entre el nivel elevado de asistencia en Nicaragua y el nivel bajo en El Salvador.

No es sólo entre los salvadoreños y los nicaragüenses mismos que la atención se haya enfocado en la polarización y el fracaso del "centro," con poca o ninguna atención para las diferencias notables en los niveles de asistencia entre los dos países. Este ha sido el enfoque de la mayoría de los análisis académicos en Norteamérica también. En general, a pesar del supuesto crecimiento mundial de "la transición hacia la democracia", la mayoría de los comentaristas, por lo menos hasta hace poco, ha descartado niveles bajos de asistencia como relativamente insignificantes<sup>3</sup>. En su lugar, los temas de discusión han sido (además de la polarización) "la crisis de confianza", "la crisis de representación" y "la crisis de gobernabilidad" —todos con base en un alto nivel de volatilidad (a través del tiempo) en el apoyo electoral para los partidos y los políticos, y en los resultados de las encuestas de opinión pública que reflejan la confianza hacia los partidos políticos, los políticos y las instituciones del estado en abrupta decadencia en muchas partes del mundo, especialmente en las incipientes democracias incompletas y nuevas de Latinoamérica, Europa Oriental y la ex Unión Soviética.

Con respecto a Centroamérica, muchos comentarios actuales se enfocan en los paralelos y las similitudes entre Nicaragua y El Salvador (con la inclusión reciente de Guatemala). Los que antes eran regímenes autoritarios afectados durante mucho tiempo por guerras civiles, ahora han pasado

por un proceso de paz, concertación y elecciones "fundacionales", todo lo cual tiende a una "transición hacia la democracia". Pero estos comentarios generalmente enfatizan, además, que Nicaragua y El Salvador enfrentan todavía problemas en la consolidación de la democracia porque sus sistemas de partidos políticos, sus políticas electorales y su cultura política siguen caracterizándose por la polarización izquierda/derecha, la debilidad y fragmentación del centro, y una inadecuada institucionalización de las normas democráticas. La inestabilidad del sistema de partidos y las crisis de representación y gobernabilidad parecen estar muy presentes y casi irresistibles en los dos países<sup>4</sup>.

Por consiguiente, los casos de Nicaragua y El Salvador suelen verse como "transiciones hacia la democracia" relativamente exitosas (vía la ruta distintiva de los procesos de paz) que siguen siendo altamente, y más o menos de igual forma, problemáticos con respecto a la consolidación de la democracia. Esto se explica, de manera típica, como un problema de lo incompletas e inmaduras que son estas democracias. Específicamente, se piensa que estos países necesitan incorporar a sus sistemas de partidos y culturas políticas un centrismo fuerte y organizado, con una moderación de la izquierda y la derecha, así llegando más allá que la polarización izquierda/derecha. De hecho, esto se considera como una panacea y un garante en la consolidación de la democracia. Se supone que los países capitalistas avanzados son modelos de la democracia consolidada bajo un centrismo hegemónico. Si Nicaragua y El Salvador pudieran incorporar a sus sistemas este centrismo moderno de esas democracias, sería un paso decisivo para completar y consolidar sus democracias. Desde este punto de vista, las funciones de la derecha y la izquierda tienen sus límites históricos, se trata principalmente de empatarse o desprestigiarse el uno al otro, obligándose mutuamente a abandonar la visión de lograr una hegemonía e incorporarse mejor a los pactos de la "transición hacia la democracia". A partir de ello, ceder el espacio al crecimiento de los partidos políticos centristas, a

3. Los analistas norteamericanos descartan desde hace mucho la importancia de los niveles bajos de asistencia y el contraste con los niveles altos en Europa.
4. Para los análisis generales recientes, véanse *Current History*, Vol. 96, No 607, febrero, 1997; Domínguez, Jorge y Lowenthal, Abraham, eds. *Constructing Democratic Governance: Mexico, Central America and the Caribbean in the 1990s*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996.

la conformación de una sociedad civil centrista, y al crecimiento y a la institucionalización de una cultura política cívica. Una vez logrado todo esto, tendríamos una democracia consolidada, sin importar el porcentaje de la población que ejerza y goce de los derechos del ciudadano, incluyendo el sufragio.

En mi opinión, dicho argumento es erróneo. No existe ninguna democracia auténtica sin una participación ciudadana masiva, y el tipo de centrismo posmoderno que domina actualmente países como Estados Unidos (elementos que sí se están importando a Centroamérica), no contribuyen necesariamente a completar y consolidar la democracia en el mundo menos desarrollado, más bien pueden hacer más difícil la consolidación democrática. Me refiero, en especial, al estilo estadounidense de política electoral y el énfasis en

el abandono del centro-izquierda a favor de un centro "maduro", moderno, no estadista, casi neoliberal<sup>5</sup>. Lo que casi no se entiende es la función desempeñada por un tipo bastante diferente de centrismo en la historia de la democratización de los países como Estados Unidos. Me refiero a un centro-izquierda con vínculos en los movimientos sociales populares, la movilización política democrática y un aparato de Estado profesionalizado<sup>6</sup>. Los países centroamericanos necesitan agregar a sus democracias incompletas y nuevas un equivalente funcional de este centrismo anterior<sup>7</sup>. Saltar directamente de sus sistemas políticos actuales a regímenes dominados por un centrismo "maduro", "moderado", casi neoliberal y por prácticas de campaña de la "industria de la democracia" moderna, no sería completar sino hacerle cortocircuito a la consolidación de la democracia<sup>8</sup>.

5. El ejemplo más conveniente de esto es Bill Clinton en los últimos tres años, especialmente la utilización de los servicios del encuestador-consultor político Dick Morris, cuyo trabajo representa el extremo de la "industria de la democracia".
6. En Estados Unidos, los ejemplos son el ala izquierda del Movimiento Progresista del principio del siglo y el ala izquierda del Nuevo Trato (New Deal). Véase Dawley, Alan. *Struggles for Justice: Social Responsibility and the Liberal State*, Cambridge, Harvard University Press, 1991; Plotke, David. *Building a Democratic Political Order: Reshaping American Liberalism in the 1930s and 1940s*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996. En Estados Unidos, los niveles de votación de los pobres y la clase obrera han sido muy bajos por casi todo el siglo 20 (a excepción de los treinta afuera de los estados del sur, y de los negros en los estados del sur en el punto máximo del movimiento por los derechos civiles de los sesenta). Tanto en el siglo 19 como el 20, los momentos históricos en los cuales las clases más bajas han votado en niveles más altos han sido importantes para el desarrollo de la democratización de Estados Unidos.
7. Con respecto al papel del gobierno, aquí no se promueve un regreso al estatismo. El autor está de acuerdo con los argumentos de Evans, Peter. "The State as Problem and Solution: Predation, Embedded Autonomy, and Structural Change", en S. Haggard y R. Kaufman, eds. *The Politics of Economic Adjustment*, Princeton, Princeton University Press, 1992; Boron, Atilo. "Democracy or Neoliberalism?", *Boston Review*, octubre y noviembre, 1996; O'Donnell, Guillermo. "The State, Democratization, and Some Conceptual Problems," en W. Smith, C. Acuna y E. Gamarra, eds. *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberal Reform*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1994.
8. Cuando digo "la industria de la democracia", me refiero al creciente número de negocios lucrativos de los consultores políticos, asesores de campaña, encuestadores, agencias publicitarias de anuncios políticos, especialistas de los anuncios televisivos, etc., que trabajan por todo el mundo, o por cuenta propia o bajo el patrocinio directo o indirecto del gobierno y las fundaciones de Estados Unidos. Para un análisis detallado sobre su participación en la campaña electoral de 1989-1990 en Nicaragua, vea Robinson, William I. *A Faustian Bargain: U.S. Intervention in the Nicaraguan Elections and American Foreign Policy in the Post-Cold War Era*, Boulder, Westview, 1992. A nivel más general, vea Stiegel, Barry. "Spin Doctors to the World", *Los Angeles Times Magazine*, 24 de noviembre, 1991; Swanson, David y Mancini, Paolo, eds. *Politics, Media, and Modern Democracy: An International Study of Innovations in Electoral Campaigning and their Consequences*, Westport, 1996; Skidmore, Thomas E. ed. *Television, Politics, and the Transition to Democracy in Latin America*, Johns Hopkins University Press, 1993. Existe, por supuesto, una gama de literatura crítica sobre el desarrollo y la función de la industria de la democracia en la política estadounidense. No rechazo en sí la profesionalización de las campañas electorales, las encuestas electorales, etc. De hecho, creo que si se hace de la manera correcta, pueden jugar un papel importante positivo en la democratización. Pero la importación de las prácticas actuales de Estados Unidos muchas veces tiene efectos antidemocráticos. Para una descripción muy positiva sobre las técnicas y los profesionales modernos de campañas en la campaña para el NO en Chile, vea Puryear, Jeffrey M. *Thinking Politics*, Johns Hopkins University Press, 1994. Contraste esto con Robinson, William I. *Promoting Polyarchy: Globalization, US Intervention, and Hegemony*, Cambridge University Press, 1996.



Nada de esto niega la existencia de las crisis de confianza, representación y gobernabilidad, o la necesidad de un centro efectivo. Pero los niveles básicos de participación ciudadana y las diferencias nacionales en los niveles de la misma me parecen factores esenciales. En muchos países, la asistencia a las urnas ha disminuido paralelamente al incremento de estas crisis. Pero, en la mayoría de los países que tienen elecciones libres, la asistencia se mantiene arriba del 70 por ciento para las elecciones más importantes, pese al creciente desencanto con los actores políticos y las instituciones del estado. En Europa se mantuvo un promedio del 80 por ciento a finales de los ochenta. Los resultados de las encuestas que muestran una falta de confianza hacia los partidos políticos y las elecciones en Nicaragua y El Salvador no son inusuales<sup>9</sup>. Pero, en el contexto de una "transición hacia la democracia" muy felicitada, el nivel de abstencionismo en El Salvador (40-60 por ciento) sí es inusual. En Nicaragua, igual proporción de la población expresaba una falta de confianza hacia las instituciones políticas, los políticos y los partidos políticos durante los años 1993-1995 y, sin embargo, en Nicaragua se experimentó un nivel elevado de participación en las elecciones del 20 de octubre de 1996 —más del 73 por ciento de la población en edad de votar<sup>10</sup>.

Esto no significa que un nivel más alto de asistencia necesariamente indique que la democracia nicaragüense sea en general más consolidada. Es cierto que la consolidación democrática sigue siendo altamente problemática tanto en El Salvador como en Nicaragua (y de hecho, en mayo de 1997,



la democracia nicaragüense se mira en algunos aspectos considerablemente más incierta y tenue que la salvadoreña). Pero hay diferencias entre las dos que son igualmente importantes que las similitudes y que pueden indicar que ambos enfrentan obstáculos bastante diferentes para dicha consolidación. Ciertamente, la diferencia olvidada

9. Para una discusión a fondo de los resultados de las encuestas salvadoreñas, vea Coleman, Kenneth M.; Cruz José, Miguel y Moore, Peter. "Retos para consolidar la democracia en El Salvador", *Estudios Centroamericanos*, No 571-572, mayo-junio, 1996. Sobre el desencanto político en otros países latinoamericanos vea Romero, Aníbal. "Rearranging the Deck Chairs on the Titanic: The Agony of Democracy in Venezuela", *Latin American Research Review*, Vol. 32, No 1, 1997; Conaghan, Catherine M. "A Deficit of Democratic Authenticity: Political Linkage and the Public in Andean Politics", *Studies in Comparative International Development*, Vol. 31, No 3, 1996. Las encuestas recientes del LatinoBarometer en una docena de países latinoamericanos muestran que un promedio del 80 por ciento dicen que se sienten insatisfechos con la manera en la cual la democracia funciona en su país. La confianza en las instituciones ha disminuido en Estados Unidos durante los últimos 25 años.
10. Nadie conoce exactamente el tamaño de la población en edad de votar (PEV) ni en Nicaragua ni en El Salvador (los estimados de la PEV en El Salvador variaron enormemente durante el período 1984-1994). Es evidente que el censo reciente en Nicaragua subestimó la PEV por lo menos en algunas áreas. Además, debido a serios problemas en la administración del proceso inmediatamente después de las elecciones en Nicaragua, nunca se va a saber con exactitud cuántos fueron a votar en las elecciones de octubre de 1996. El conteo final oficial era de 1.87 millones de papeletas en total (redondeado), pero esto no incluye unos 100,000 papeletas de lugares de votación cuyos resultados reportados se impugnaron pero cuyas papeletas no se pudieron encontrar. El estimado del autor de la PEV en Nicaragua en 1996 es de 2.55 millones.

en los niveles de votación es importante (voy a argumentar que hay importantes diferencias en las experiencias históricas y cultura política que están al fondo de las diferencias en asistencia). Además, estos países son bastante diferentes en la forma en que se caracterizan por la polarización; en ambos casos estoy en desacuerdo con la teoría que la realidad fundamental es una polarización profunda.

El nivel salvadoreño de abstencionismo no se puede descartar como un asunto sin importancia. Tal abstencionismo es, de hecho, relativamente inusual entre los países que realizan con regularidad elecciones honestas. En las Américas, El Salvador comparte tan alto nivel de abstencionismo principalmente con Estados Unidos y Guatemala, mientras que Nicaragua (con un abstencionismo del 20 al 30 por ciento) se parece más a Costa Rica y Europa. Esta división se aplica no sólo al nivel general de abstencionismo, sino también al foco del abstencionismo en la estructura socioeconómica. En El Salvador, Guatemala y Estados Unidos, el abstencionismo está altamente concentrado entre los pobres y quienes tienen poca educación formal; éste no es el caso de Nicaragua, Costa Rica o Europa, donde el abstencionismo que existe se distribuye más igualmente por toda la población.

Como he expresado, la literatura académica que existe no nos ayuda mucho a medir la importancia del contraste entre los niveles de asistencia en Nicaragua y El Salvador. Pese al énfasis en las elecciones libres y la "participación" en la definición de la democracia, los niveles de asistencia y abstencionismo entre las democracias muy pocas

veces son el enfoque del análisis en la literatura de la política comparativa o la literatura sobre las transiciones hacia la democracia. Pero el nivel de asistencia en las elecciones "cruciales", a diferencia de las elecciones rutinarias en las democracias ya consolidadas, es más significativo, dice algo más básico sobre el estado de democratización, especialmente donde el abstencionismo se concentra entre los pobres<sup>11</sup>. Aquí están en juego la institucionalización original y la credibilidad básica de los principios del sufragio masivo y la participación masiva en los derechos ciudadanos.

Por eso, no comparto la idea que la consolidación democrática depende principalmente de la institucionalización de los pactos entre las élites, la fuerza de los partidos centristas, y la difundación e institucionalización de la cultura cívica entre las élites políticas, los activistas y la clase media<sup>12</sup>. Esa idea no enfrenta el tema de la presencia o ausencia de una ciudadanía popular significativa. Por supuesto, votar en las elecciones no es lo único que se comprende en una ciudadanía significativa. Pero votar es un elemento esencial del hecho de ser ciudadano, y su ausencia (o falta completa de autenticidad) siempre dice algo sobre la vida política, en general, de quienes no pueden votar o no votan (o no pueden votar libremente), y tiene repercusiones para la amplitud y calidad de la competencia entre los partidos y el debate público. La institucionalización del sufragio y de una participación ciudadana significativa entre los pobres y los sectores populares es una parte esencial de la lucha para construir una ciudadanía nacional

11. No estoy de acuerdo con los que descartan la asistencia electoral como indicador del estado de la democratización, como en Bollen, Kenneth. "Political Democracy: Conceptual and Measurement Traps", *Studies in Comparative International Development*, Vol. 25, No 1, 1990, p. 8. Por supuesto, es necesario saber lo suficiente sobre los casos como para tener fundamentos de juicio sobre si las elecciones son bastante libres y la mayoría de los votos ni comprados ni coaccionados. Las elecciones en Nicaragua de 1984 y 1990 y las salvadoreñas de 1984 y 1989 han sido atacadas con una variedad de justificaciones, como algo menos que libres y significativas. Comparto algunas de estas críticas, pero considero que todas estas elecciones son lo suficientemente genuinas como para hacer relevante los niveles de asistencia-abstencionismo como indicadores (como contraste, el autor descarta la elección de 1982 en El Salvador, vea nota 37). El descartar el nivel de asistencia como indicador, sobre la base de que un alto nivel de abstencionismo se puede deber a que los que no votan están satisfechos con el status quo es inaceptable, por lo menos en el contexto de los países pobres. Para una declaración fuerte reciente enfatizando la importancia de los niveles de asistencia, vea el discurso de 1996 del presidente de la American Political Science Association, Arend Lijphart, "Unequal Participation: Democracy's Unresolved Dilemma", *American Political Science Review*, Vol. 91, No 1, marzo, 1997, pp. 2-3, 8-9.
12. Vea, por ejemplo, la presentación y la primera y la última monografía en Higley, John y Gunther, Richard eds., *Elites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe* Cambridge, Cambridge University Press, 1992; Weingast, Barry. "The Political Foundations of Democracy and the Rule of Law", próximamente en el *American Political Science Review*.

inclusiva, una ciudadanía con derechos y responsabilidades políticos reales, no sólo derechos de papel y responsabilidades plebiscitas. La construcción de tal ciudadanía es quizás el elemento más fundamental de la consolidación democrática<sup>13</sup>.

El nivel de votación entre las clases bajas es significativo. La diferencia con respecto a este factor entre Nicaragua y El Salvador, y las similitudes entre Nicaragua y Costa Rica, de un lado, y El Salvador y Guatemala del otro, son significativas<sup>14</sup>. Esta diferencia en los niveles de asistencia electoral queda muy lejos, por supuesto, de ser la historia completa del estado relativo de la democratización en Nicaragua y El Salvador. Pero es una parte de la historia que es suficientemente importante como para merecer una investigación cuidadosa; así también la cuestión de si la polarización es una característica básica y permanente de la ciudadanía en general, con raíces profundas en la cultura política nacional, o sólo un fenómeno limitado, cuyo grado de importancia en un dado momento depende principalmente de la dinámica de las campañas electorales.

## 2. El mito y la realidad acerca de la polarización en Nicaragua

En la secuela de las elecciones del 20 de octubre

de 1996, Nicaragua ha sido descrita como totalmente polarizada:

“Con motivo de la polarización electoral hay quienes sostienen que Nicaragua es como un camello. En otras sociedades dicen que hay una extrema izquierda y una extrema derecha pequeñas. El centro político es una joroba grande. Aquí es al revés. Hay una enorme izquierda y una enorme derecha y en el centro no hay nada. Es como un camello”. Tendencias, 56, noviembre de 1996, p. 20.

Este comentario engaña; no representa el realismo; no es la forma en que los nicaragüenses deben verse ni a su reciente historia. Mientras que la reafirmación de la polarización en los dos o tres últimos meses antes de las elecciones nicaragüenses, y el completo fracaso electoral del centro y los partidos de centro izquierda son reales y significativos, así como el debate continuo sobre el legado de la revolución sandinista (especialmente con respecto al tema de la propiedad), la polarización no es la verdad esencial en la política nicaragüense<sup>15</sup>.

De hecho, no hay evidencia que indique que la mayoría de nicaragüenses se caracteriza por tener identificaciones políticas fuertes, mucho menos por un “extremismo” ideológico. Más bien, hay dos campos o polos políticos fuertes, cada uno con una base acumulada de aproximadamente 20 a 25 por

13. La perspectiva anterior me lleva a adoptar una definición de la consolidación democrática que difiere substancialmente de las definiciones que se enfocan en la pregunta de si todos los actores políticos significativos han dejado de cuestionar si las elecciones honestas son la única manera de actuar, la única ruta al poder gubernamental. Definición de la consolidación democrática: La esencia de una democracia completamente consolidada es que la norma de una ciudadanía universal e igualitaria sea efectivamente institucionalizada y controle el estado de derecho. Es decir, (1) derechos legales-humanos iguales ante el ejército, los cuerpos de seguridad, la policía, los juzgados y las burocracias públicas; (2) derechos iguales al sufragio (tanto en el sentido de una oportunidad igual a votar como que cada voto tiene igual peso en determinar quien ocupará los altos cargos del gobierno), y (3) derechos iguales de libertad de expresión, libertad de reunión y libertad de organización política.

Implícito en la institucionalización de la ciudadanía universal e igual es que los oponentes partidarios se reconozcan y se acepten uno al otro como ciudadanos y autores conjuntos del proceso político. Esto quiere decir, especialmente, que las clases altas (y los militares) acepten la ciudadanía masiva y la organización política independiente —no sólo con palabras, sino en la práctica. También significa que tanto la izquierda como la derecha deben aceptar al otro como ciudadanos —y reconocer a sus propios miembros como ciudadanos, en lugar de verlos sólo como tropas disciplinadas. La ciudadanía universal e igual es incompatible con el sectarismo y el vanguardismo, de izquierda y de derecha. El liderazgo democrático, en sí, busca fomentar y trabajar con una ciudadanía masiva auténtica. También implícito en la institucionalización de los derechos universales e iguales de expresión política es el principio de una esfera pública abierta.

14. Es raro ver un análisis que agrupe Nicaragua con Costa Rica, contrastado con El Salvador y Guatemala. Un análisis de este tipo es de Berntzen, Einar. “Democratic consolidation in Central America: a qualitative comparative approach”, *Third World Quarterly*, Vol. 14 No 3, 1993.

15. Mi desacuerdo con la visión de Nicaragua como fundamentalmente polarizada entre izquierda y derecha se basa en el estudio que hice de las encuestas de la opinión pública realizadas durante el año anterior a las



ciento del electorado. Ninguno de los dos polos es capaz de consolidar una mayoría, y el 50 por ciento o más entre los dos polos (lo que yo he llamado el "mixed middle") ha sido incapaz de organizarse a sí mismo. Durante la temporada electoral, una parte de este centro no organizado se orientó hacia cada uno de los extremos, mientras que estos trataban de atraer sus votos "moviéndose hacia el centro" o tratando de provocar terror hacia el polo opuesto. Pero esto no conduce a ninguna integración duradera ni incorpora estos elementos "centristas" con los polos —a excepción de que el ganador sea capaz de usar instituciones gubernamentales con el fin de crear una incorporación clientelista, en la que hace falta un contenido político-ideológico. Después de las elecciones, la mayoría de estos elementos "centristas" elimina sus asociaciones con los polos, volviendo éste último a representar del 20 al 25 por ciento del electorado<sup>16</sup>. Por lo tanto, mientras que la polarización (y la incapacidad de los partidos centristas de atraer votantes) se aplica a la intención y conducta de los votantes, realmente no es correcta como una conceptualización de la realidad fundamental de la cultura política y la opinión pública. Es cierto que el centro no está efectivamente organizado, pero las debilidades del centro y la polarización de la temporada de elecciones ciertamente no significan que la población general sea altamente ideologizada o partidaria. La polarización socioeconómica, en forma de la

---

En El Salvador, Guatemala y Estados Unidos, el abstencionismo está altamente concentrado entre los pobres y quienes tienen poca educación formal; éste no es el caso de Nicaragua,

---

desigualdad creciente, es muy real. Pero dicha polarización es diferente de, y no necesariamente se traduce a, la polarización de la opinión pública o de identificación partidista, mucho menos en la cultura política.

Por lo tanto, Nicaragua de hecho todavía es caracterizada por la existencia de un gran mixed middle, pero también por la tendencia pronunciada de este grupo de responder a las campañas electorales con la división, con la mayoría de las personas que optan por aliarse, temporalmente, con uno u otro de los polos del espectro político. El mixed middle salvadoreño, en contraste, no responde a las campañas electorales en este sentido, sino que se mantiene al margen —es decir, el mixed middle salvadoreño está conformado principalmente por los que se abstienen históricamente, quienes

no son afectados por las campañas electorales, quienes no se orientan hacia un polo político (o hacia algún actor político), aun en la temporada electoral.

La idea común que el terror provoca la polarización, que una tendencia a enfocarse en las políticas "extremistas" y el terror a un "mal mayor", es una característica básica de la cultura política nicaragüense, la cual se resalta en la temporada electoral, es una afirmación incorrecta. El análisis de los resultados de las encuestas demuestra que muchos de los votantes del FSLN y de Alianza

---

elecciones de febrero de 1990. A mi parecer, esas encuestas mostraron la existencia de un "mixed middle" grande en Nicaragua, es decir, unos 50 por ciento de la población que nunca se identificó completamente ni con la izquierda ni con la derecha, sino que tenía sentimientos mixtos y ambivalentes hacia las dos. Vea "Rereading the Nicaraguan Pre-Election Polls in the Light of the Election Results", en Castro, Vanessa y Provost, Gary eds. *The 1990 Elections in Nicaragua and their Aftermath*, Rowman and Littlefield, 1992; y "Reading Nicaraguan Political Culture Through the Lens of the 1989-1990 Pre-Election Polling Controversy", publicado en español en *Cultura Política y Transición Democrática en Nicaragua*; Córdova, Ricardo y Maihold, Gunther, eds., Managua, Friedrich Ebert Foundation, 1996. Creo que esta misma idea se puede aplicar a El Salvador.

\* Nota de la traductora: "Mixed middle" se podría traducir literalmente como "centro mixto", pero no se refiere al centro político, sino que a las personas que nunca se han identificado completamente ni con la izquierda ni con la derecha (ni tampoco con el centro organizado), sino que tienen sentimientos mezclados y ambivalentes hacia todas las opciones políticas.

16. En El Salvador, la situación es similar, a excepción de que el *mixed middle* se conforma de los que históricamente se han abstenido, y que aún en la temporada electoral no se orientan hacia ninguno de los polos.



Liberal no son altamente antagónicos hacia “el otro lado”, sino que en realidad demuestra tener sentimientos mixtos. Aproximadamente el 90 por ciento concuerda que aceptaría los resultados electorales por completo sin importar quién ganara. Mayorías menos grandes dicen estar de acuerdo con la idea que el ganador ejerza el poder por la construcción de una concertación nacional o una serie de alianzas. En muchos casos que he presenciado, los fiscales del FSLN y de Alianza Liberal parecen llevarse bien en el curso de sus responsabilidades preelectorales y electorales a nivel local<sup>17</sup>.

A pesar de toda la discusión (y la realidad inolvidable) de la historia nicaragüense de conflictos fraccionales violentos, el antagonismo extremo y el miedo hacia un polo u otro no son naturales para esta cultura política, más bien, son promovidos por el discurso y las actividades de políticos particulares y la prensa en momentos específicos en la campaña electoral. Una dinámica extremadamente polarizante puede o no presentarse, dependiendo de las condiciones de fondo, en la combinación continua de las tácticas de campaña de los políticos, y en la naturaleza y la efectividad del actuar de la prensa y la sociedad civil.

---

No hay evidencia que indique que la mayoría de nicaragüenses se caracteriza por tener identificaciones políticas fuertes, mucho menos por un “extremismo” ideológico.

---

Cuando las condiciones de fondo están conformadas por un estado persistente de desorden social, deterioro e inseguridad, la población está más vulnerable a campañas negativas que fomentan la demonización y vuelven chivos expiatorios a los oponentes. Tal ha sido el caso en Nicaragua desde 1987, y especialmente después de 1992. La administración de Chamorro fue caracterizada como un fracaso absoluto en el restablecimiento de la producción económica y el empleo (que provocó un crecimiento en la pobreza masiva), por una serie de escándalos de corrupción y por años de incesante discusión y estancamiento dentro de la Asamblea Nacional, y entre ésta y el ejecutivo<sup>18</sup>. Mucha de la población ha llegado a creer que casi cualquier

forma de liderazgo efectivo y la creación de políticas coherentes sería mejor que continuar así. Otra condición de fondo importante es la intensificación de la globalización (que se analiza más adelante). Ambas clases de condiciones de fondo

tienen a crear en la población una gran necesidad por un actor político fuerte, y una vulnerabilidad hacia las campañas negativas.

El autor explica con detalle la campaña electoral nicaragüense con el fin de aclarar cómo la

17. En las visitas de junio en 1996 a los lugares de inscripción de votantes en los alrededores de Matiguas (donde existe un sentimiento antisandinista relativamente fuerte), varios miembros del aparato electoral me contaron que el sentimiento antagónico amargo entre los partidos era más una característica de los líderes de los partidos o de “Managua”. Me parece que lo que suele suceder es que cuando elementos del liderazgo de los partidos enfatizan y fomentan tales sentimientos, los activistas a nivel medio lo ponen en práctica. Esta dinámica puede funcionar al revés también. El nivel y la intensidad del miedo y el odio son, por lo menos en parte, el producto de la experiencia de la lucha política, incluyendo las campañas electorales. No quiero decir que no exista polarización entre los nicaragüenses comunes y corrientes. Es obvio que existe un número significativo de personas que son de la derecha o de la izquierda que odia a los del otro polo —y en un país pequeño, no es necesario que hayan muchos para que el extremismo y la violencia política sean realidades significativas. Además, aunque no se odien las personas que tienen opiniones diferentes sobre la redistribución de la propiedad hecha por el anterior gobierno revolucionario, esa división sigue siendo de gran importancia política. Es posible movilizar a cantidades de personas en base a esta división cuando el gobierno toca el tema de la propiedad o como parte de una campaña electoral. Manuel Ortega me ha convencido de esto.
18. En marzo de 1995, setenta y ocho de los noventa y dos miembros de la asamblea habían sido expulsados de o habían salido de los partidos políticos por los cuales fueron elegidos en 1990. Spalding, Rose. “Nicaragua: Politics, Poverty, and Polarization”, en Domínguez, Jorge y Lowenthal, Abraham eds., *Constructing Democratic Governance: Mexico, Central America, and the Caribbean in the 1990s*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996, p. 8.

polarización es un fenómeno coyuntural y no la realidad política fundamental.

### 3. La campaña electoral nicaragüense de 1996

De cierta manera participaban simultáneamente dos campañas electorales en Nicaragua durante 1996:

**Campaña 1.** La campaña entre Daniel Ortega (FSLN) y Arnoldo Alemán (Alianza Liberal). La campaña de cada competidor fue dividida entre (a) un componente de estilo más Europeo, asociado con el aparato de partido, el cual enfatizaba los esfuerzos para movilizar a las bases, campañas altamente participativas de visitas casa en casa, en las calles, en la radio y con mítines locales, y (b) un componente de estilo más estadounidense, asociado con el candidato presidencial, enfatizando una imagen más moderada, suave y abierta, construyendo alianzas y tratando de llegar mas allá de las bases del partido hacia el centro y los indecisos, esto por medio de la televisión y eventos grandes de campaña diseñados con cobertura en los medios masivos y con audiencia televisiva como objetivo.

Hasta agosto, Alemán y la Alianza Liberal enfatizaron el componente (a), mientras que desde la celebración del aniversario del 19 de julio<sup>19</sup>, y acelerándose durante agosto, Ortega y el FSLN enfatizaron el componente (b). Comenzando en la segunda quincena de agosto, la campaña de Alianza Liberal incorporaba cada vez más el componente (a) con el estilo de una campaña negativa estadounidense, tratando de agudizar y generalizar la polarización por medio de desacreditación del oponente. En septiembre, la campaña (a) del FSLN comenzó a responder, aunque no por medio de la televisión, lo cual siguió bajo el control de la campaña (b) de Ortega.

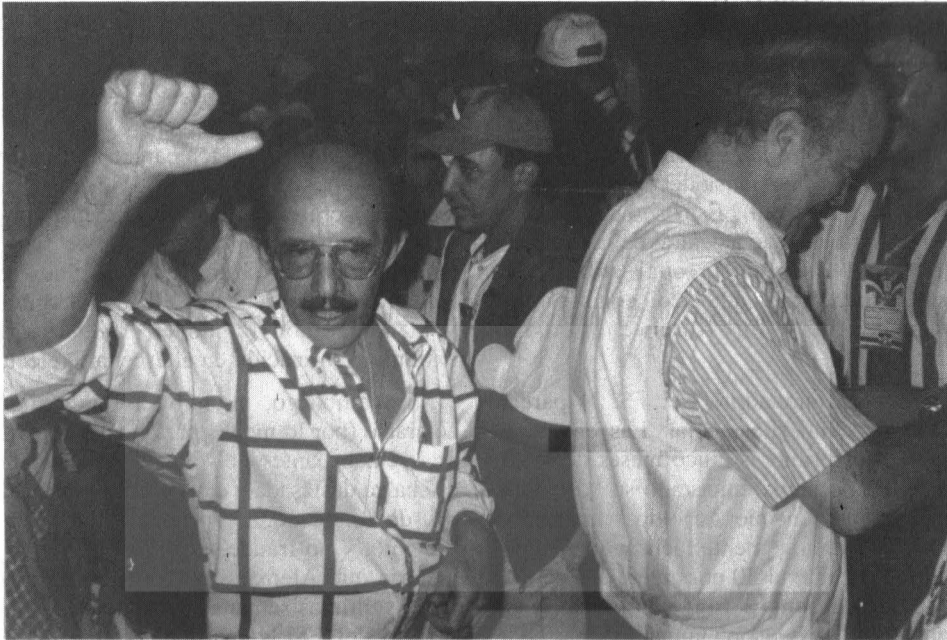
**Campaña 2.** La campaña para definir el "centro" y superar la polarización. Esta campaña tenía también dos partes: (a) las campañas de los partidos políticos de centro y centro-izquierda para establecer una opción electoral de centro, y (b) una campaña de interés público enfatizando la necesidad de un acuerdo nacional sobre la gobernabilidad y un acuerdo sobre la agenda mínima nacional, dirigida por la sociedad civil y fuertemente apoyada por el PNUD y algunos donantes internacionales,

con la participación de algunos elementos de la administración de Chamorro. La capacitación electoral, la educación del votante, y los esfuerzos del Consejo Supremo Electoral (CSE) en la promoción de la participación de los votantes también deben incluirse en esta parte de la campaña.

Ambas partes de la campaña 2 fueron esfuerzos para impulsar el "centro," o establecer acuerdos centristas, alrededor de los cuales diferentes fuerzas podrían comprometerse y reconciliarse con lo cual el país se fortalecería. Implícita en la campaña 2 estaba la idea que la administración Chamorro trató de ser un régimen centrista, mientras esto no se realizó de la mejor manera en ciertos aspectos, y de hecho realmente fue exitoso sólo en pocos aspectos, el espíritu debería ser institucionalizado.

La campaña 2 empezó mucho antes que la campaña 1 (a excepción de las campañas locales de Alianza Liberal, las cuales comenzaron desde las elecciones en la Costa Atlántica de 1994). De hecho, en la campaña 2 (a), el esfuerzo de varios partidos centristas y de algunos aspirantes a la candidatura presidencial, de establecerse en las mentes de los votantes como opciones verdaderas, empezó mucho antes que el período electoral de 1996. Hasta algún momento en el primer cuarto del año de 1996, el panorama político no estaba tan fuertemente polarizado, y el centro se percibía como enteramente abierto, con Daniel Ortega reflejado en las encuestas con tan sólo un 15-20 por ciento, y Arnoldo Alemán con un 25-35 por ciento (en la mayoría de las encuestas). Dicho panorama no se alteró decisivamente hasta algún tiempo posterior a mayo. La opinión que Nicaragua es fundamentalmente polarizada en el ámbito político está basada en el hecho que durante los últimos dos meses antes de las elecciones, las encuestas demostraban que los indecisos se iban definiendo entre Ortega o Alemán, y durante las últimas tres semanas, la interacción escaladora entre las campañas negativas de Alianza Liberal y el FSLN tomaron el centro de atención, marginando completamente a la campaña 2. La pregunta es: ¿fue esto inevitable? ¿Es nada más la concretización de una realidad fundamental? ¿Es esto duradero? Como ya indiqué, creo que la respuesta a todas estas preguntas es no.

19. El aniversario de la victoria en 1979 de las fuerzas revolucionarias en Managua.



Al inicio, para muchos líderes del FSLN (los cuales, por lo menos antes de agosto de 1996, dudaron que Ortega pudiese ganar la presidencia), reactivar la base del partido, reunir a los simpatizantes y demostrar la fuerza y la unidad del partido eran las metas principales de la campaña electoral (para desmentir fuertemente los argumentos de la AL y del MRS que el FSLN ya era algo del pasado). Más allá, establecer un tipo de régimen centrista (hasta ese momento mal encarnado por la administración Chamorro) más efectivo y más influenciado por el sandinismo era su meta —posiblemente a través de la nominación del muy respetado antiguo presidente del Consejo Supremo Electoral, Mariano Fiallos, con una fórmula de coalición, o intentando lograr que un político centrista (Antonio Lacayo o Alvaro Robelo) llegara a una segunda ronda contra Alemán (Ortega saliendo del panorama en el último minuto), o comprometiendo a Alemán con acuerdos preelectorales (o pre-primer ronda) para que se sumara a un protocolo de transición a cambio de evitar una segunda ronda, y combinando esto con una mayoría

opositora en la Asamblea Nacional y un alcalde centrista en Managua. Pero la posibilidad de la candidatura de Fiallos se derrumbó a principios de 1996, luego los partidos centristas se mostraron incapaces de cualquier coalición, y luego Lacayo y Rovelo fueron descalificados para cualquier candidatura. Mientras tanto, el FSLN tuvo algún nivel de éxito en hacer alianzas con sectores que previamente se les oponía, y Ortega experimentó un aumento sustancial en las encuestas desde mayo hasta septiembre, mientras que Alemán parecía estancarse. Las posibles rutas para el mantenimiento de un régimen centrista desaparecieron, mientras que los líderes del FSLN llegaron a creer que tenían una posibilidad de ganar.

La campaña del FSLN fue dividida entre la campaña de Ortega y la campaña del partido del FSLN; la primera enfatizó la moderación y construcción de alianzas (con cierta alianza con la campaña 2), y la segunda, más polarizante y, especialmente al final, tanto negativa como triunfalista<sup>20</sup>. El estilo, la imagen y el discurso del candi-

20. Existió una división parecida en la campaña del FSLN en 1990, pero no fue tan fuerte, ya que la imagen y el estilo de Ortega no estaban tan consistentemente diferentes de los del aparato del partido, no tan moderado y pro reconciliación. Había una división parecida en El Salvador en 1994 entre la campaña de Rubén Zamora y gran parte de la campaña del FMLN. En Nicaragua y El Salvador, los grandes partidos políticos de izquierda han tratado de ver cómo pueden crear y realizar una campaña híbrida basada en el modelo europeo con



dato presidencial del FSLN, Daniel Ortega, fueron diseñados para reconquistar a los ex sandinistas y atraer votantes más allá que las bases del FSLN; así también, el contenido temático enfatizaba la reconciliación con los oponentes del pasado, el superar el militarismo (casi al punto de pacifismo), la unidad nacional, y la defensa del pobre (al estilo del populismo izquierdista). Esto se sumó a algo muy diferente de la tendencia central de la campaña del FSLN en 1989-1990 (la cual enfatizó el nacionalismo e identificaba a la UNO con el Somocismo, los contras y el intervencionismo norteamericano).

Esta campaña innovadora del FSLN parece haber tenido un éxito substancial. Las encuestas hechas durante los primeros cinco meses de 1996, cuando el FSLN no había empezado su "campaña pre-campaña", sugerían que Arnoldo Alemán iba hacia una victoria relativamente fácil, y que Daniel Ortega podría no llegar al 30 por ciento del voto, a menos que la asistencia fuera baja (lo cual favorecería al FSLN dado el tamaño de su base relativo a un número reducido de votantes). Sin embargo, los números en las encuestas empezaron a cambiar, y a un mes antes del día de las elecciones parecía que Ortega había ganado quince puntos (moviéndose gradualmente de los bajos 20 a los medios 30 en septiembre) mientras que Alemán se había estancado (cerca de un 40 por ciento), y los otros partidos terceros estaban decayendo. La proyección promedio de la última ronda de encuestas hechas durante la primera semana de

Octubre fue de Alemán con 46, Ortega con 41 y otros con 13. Analizando dichos resultados, parece claro que si el momento sobresaliente de Ortega hubiera continuado después de septiembre, entonces la elección hubiera llegado a ser imposible de predecir. Llegar tan cerca parece un triunfo enorme para la campaña de Ortega. Para mí, éste fue un resultado sorprendente, especialmente con respecto a la dimensión del crecimiento de Ortega, pero también para el colapso de los partidos de centro-izquierda (en particular el MRS de Sergio Ramírez) y la reaparición (como en 1989-1990) de una extrema polarización en el escenario electoral<sup>21</sup>.

Sin embargo, cuando la imagen empezó a aclararse (por lo menos para mí) aproximadamente una semana antes del día de las elecciones, ésta estaba ya desfasada y el momento triunfal de Ortega iba de retroceso. Es probable que dicho revertimiento, y no fraude, explique el gran margen de victoria que Alemán obtuvo el 20 de octubre. En las dos últimas semanas de campaña, el aparato de partido del FSLN, particularmente en Managua, incluyendo el periódico del partido Barricada, se tornaron agresivos, estridentes y triunfalistas, y el FSLN pudo hacer un mitin de cierre de campaña en Managua verdaderamente notable (más de 200,000 personas y, por lo menos, tres o cuatro veces más grande que el mitin de cierre de campaña de Alemán), todos parecidos a 1990 (y el mitin más impresionante que el de 1990 ya que esta vez se organizó sin recursos del gobierno). Dos días antes de las elecciones, uno de los estrategas élites

enfoque en el partido y la movilización de base, enfatizando mítines grandes y visitas casa por casa combinado con el modelo estadounidense de enfoque en el candidato y el uso de los medios de comunicación, enfatizando el trabajo hacia sectores específicos de votantes indecisos con mensajes especiales. A veces, las diferentes fracciones dentro de los partidos han enfatizado uno u otro de estos modelos, y ha habido desacuerdo interno sobre cual visión debe predominar, todo esto relacionado con la lucha entre las tendencias social demócratas-populistas de izquierda y las tendencias vanguardistas. La campaña del FMLN 1997 logró bastante éxito en superar estos problemas, así produjo una campaña más coherente.

Según el autor, la construcción de tal modelo híbrido de la política electoral es necesario, pero debe basarse en una crítica a fondo tanto de la "industria de la democracia" al estilo estadounidense como de las versiones vanguardistas de la política enfocada en el partido. Me parece que muchos de la izquierda centroamericana ven al Partido del Trabajador del Brasil como un modelo positivo.

21. El autor estaba escéptico con respecto a los resultados de las encuestas que mostraban una declinación continua en el número de indecisos después de abril. Creía que dichos resultados debían ser un artefacto de la metodología, y que en realidad una proporción más grande de los votantes se mantenía poco decidido. Vea el artículo del autor, "¿Cómo medir a los indecisos?", *Confidencial*, Año 1, No 4, del 28 de julio al 3 de agosto de 1996. Obviamente estaba equivocado. El hecho que muchos de los votantes que estaban indecisos en el primer trimestre de 1996, y que les decía a los encuestadores que no confiaban en ninguno de los partidos políticos, tomaran una decisión sobre el voto aun antes de que comenzara en serio la campaña en agosto, y después efectivamente fueron a votar el día de las elecciones, hace un contraste interesante con el comportamiento de los indecisos en El Salvador.





de Ortega me dijo con completa seguridad, "ahora Managua es sandinista." Todos acordaron que Ortega no podía ganar sin ganar Managua con una ventaja substancial sobre Alemán; en la última ronda de encuestas mostraba a Managua en empate. Pero, de hecho, Alemán ganó la ciudad y el departamento de Managua con una ventaja de unos cinco puntos<sup>22</sup>.

En discusiones posteriores a las elecciones, el autor presentó el punto de vista que el triunfalismo del aparato y los medios de comunicación del partido del FSLN en Managua, y el mitin de cierre de campaña (el cual fue transmitido en vivo en todas las estaciones de televisión, pagado por el FSLN), hizo mucho más por el antisandinismo (convirtiendo a los indecisos, a los posibles

abstencionistas y los simpatizantes de los terceros partidos en votantes de Alemán) que atraer votantes hacia el sandinismo, particularmente en Managua. En una parte, esto fue chocante para las ideas intuitivas de algunos líderes del FSLN con quienes el autor habló, mientras que los no sandinistas estuvieron de acuerdo inmediatamente (de hecho, parecía obvio para ellos)<sup>23</sup>. La incapacidad de liderazgo del FSLN para prever esta posibilidad es importante, un ejemplo de como una gran parte de la izquierda todavía se deja cegar por su habilidad de movilizar sus propias bases en público, y aún no logra percibir cuando ha caído en la trampa de predicar sólo hacia las bases ya fieles.

Lo anterior no es para minimizar los éxitos de la campaña de Ortega en los meses de agosto y

22. Ortega recibió menos votos en el departamento de Managua que el número de personas que asistieron al mitin final del FSLN; Alemán recibió los votos de un número por lo menos tres veces la asistencia al mitin final.
23. En mayo de 1997, el líder sandinista que me había dicho el día después del mitin final que "ahora Managua es Sandinista" había llegado a aceptar lo expuesto aquí. Hay que reconocer que los resultados en Managua fueron una sorpresa para todos ya que se esperaba que un número importante de votantes iba a dividir sus votos en las distintas elecciones, pero no resultó así. El candidato a alcalde por la Alianza Liberal, Roberto Cedeño, siempre había quedado en tercer o cuarto lugar en las encuestas, hasta en las encuestas internas de la campaña de Alemán. La noche antes de las elecciones, el encuestador de Alemán, Víctor Borge, me dijo que Cedeño "es nada" y que la victoria del candidato independiente, Pedro Solórzano, estaba segura. Pero Cedeño ganó con poco menos del 30 por ciento (Solórzano y el controvertido candidato por el FSLN, Guadamuz, recibieron entre 25 y 30 por ciento). En marzo de 1997, Borge me dijo que aún no entendía cómo pudo ser que Cedeño ganara.

septiembre y los triunfos importantes del FSLN en la región occidental del país, especialmente León y Chinandega. Ortega recibió más votos que Alemán y el FSLN ganó muchos gobiernos locales y diputados en los departamentos de occidente, mejorando bastante los resultados de 1990. En León y Chinandega, Ortega recibió el 47 por ciento y Alemán el 41 por ciento; el FSLN 46 por ciento y AL 36 por ciento<sup>24</sup>. En general, me parece que las críticas de los líderes del FSLN en Managua contra los que diseñaron y manejaron la campaña moderada de alianzas de Ortega no tienen base. De hecho, las posibilidades de una alianza entre izquierda y centro, en base a términos de centro-izquierda y no de los años 1980 son muy importantes — a pesar de los problemas difíciles de tal alianza dada el rencor personal extremo entre los líderes del FSLN y el MRS. Pero tampoco se puede decir que no hay críticas que se pueden hacer contra la campaña de imagen —muchas veces sin sustancia— de Ortega<sup>25</sup>.

Otro factor sobresaliente en la gran ventaja de Alemán en los últimos días antes de las elecciones: una ofensiva fuerte antisandinista hecha por el liderazgo de la empresa privada (COSEP) y, en particular, por la iglesia católica. La interacción

entre estos factores y el triunfalismo del FSLN al final de la campaña deberían ser el centro de atención para el análisis de la elección, no el fraude. Pero trataremos el problema del fraude para justificar que éste no debe ser el centro de atención.

Gran parte de la cobertura noticiosa y los comentarios en las elecciones nicaragüenses, particularmente desde la izquierda, ha enfatizado el argumento del FSLN que la Alianza Liberal de Arnoldo Alemán cometió un fraude masivo y que se robó las elecciones. Este punto de vista ha sido promovido, en particular, por los líderes del partido del FSLN en Managua<sup>26</sup>. El argumento de que hubo un fraude decisivo a gran escala no es persuasivo, como lo afirma lo siguiente:

El conteo rápido secreto del FSLN, en la noche de las elecciones, confirmó la victoria de Alemán con más del 45 por ciento de los votos —basado en los informes de los fiscales del FSLN sobre sus observaciones del conteo de las urnas en su jurisdicción. Este conteo rápido, diseñado, organizado y llevado a cabo por antiguos oficiales del gobierno sandinista y observados por un miembro de la dirección nacional del FSLN, se basó en una muestra estratificada de 400 juntas

24. En los demás departamentos de occidente (Nueva Segovia, Madriz, Estelí), Ortega y el FSLN ganaron con márgenes de cuatro a seis puntos (recibiendo un promedio del 43.7 por ciento de los votos válidos), mientras que en el resto del país, los márgenes de victoria de Alemán y la AL fueron de diez a cuarenta puntos, excepto en Managua (4 por ciento) y Carazo (1 por ciento). Comparado con los resultados de León y Chinandega, en el resto del país Alemán recibió un promedio de 10 puntos más, y Ortega 12 puntos menos, y la AL llevaba una ventaja de 48 por ciento contra 35 por ciento. En 1990, Ortega ganó la Región I (Estelí, Madriz, Nueva Segovia) por menos del uno por ciento; recibió el 48 por ciento del voto válido, y perdió la Región II (León y Chinandega) por casi nueve puntos, con el 43.5 por ciento del voto válido. Por eso, el mejoramiento de los resultados obtenidos por el FSLN en León y Chinandega sobresalen. Puede o no haber relación con la calidad de la campaña de Ortega-FSLN. En la ciudad de León (con más del 40 por ciento de los votos del departamento) siempre ha sido un punto fuerte del FSLN (aunque es también el centro histórico del liberalismo nicaragüense), y el gobierno municipal del FSLN elegido en 1990 tenía apoyo popular. De hecho, el FSLN perdió la ciudad de Chinandega (representando aproximadamente el 30 por ciento del voto del departamento), y es probable que los márgenes de victoria grandes obtenidos por el FSLN en el resto del departamento representen el retorno al partido de los trabajadores agrícolas y campesinos (quienes fueron beneficiarios de la reforma agraria de los sandinistas) quienes habían votado por Chamorro en 1990, pero después les fue especialmente mal bajo la administración Chamorro (Iván García y Jorge Samper me explicaron este último).
25. Es interesante que el encuestador de la campaña de Alemán, Víctor Borge (antes el encuestador de Oscar Arias y Violeta Chamorro), cree que la campaña suave de Ortega fue "linda, pero inefectiva" y que le hubiera servido más una campaña más fuerte, enfocada en la defensa de los pobres —que tal campaña hubiera provocado una elección muy reñida, y posiblemente le hubiera dado la victoria. En contraste, otro de los consultores extranjeros élites de campaña, Felipe Noguera (antes encuestador para Alfredo Cristiani y Armando Calderón Sol en El Salvador y Alvaro Arzú en Guatemala), cree que la campaña suave de Ortega fue bastante efectiva, y que de hecho fue un logro significativo haber recuperado el apoyo de los simpatizantes de los sandinistas, y que otro tipo de campaña no hubiera producido nada mejor (entrevisté a Borge en marzo y a Noguera en abril).
26. Mientras que, como contraste, Mariano Fiallos y todo el MRS hicieron un llamado a que se aceptaran los resultados electorales y el nuevo gobierno.



receptoras de votos. El día de las elecciones, aproximadamente a las 10:00 pm de la noche, estaba claro que Alemán había ganado. Los resultados proyectados por el conteo rápido se estabilizaron entre las 10:15 y las 10:45 y no cambiaron significativamente después. A las 5:00 am, la operación de conteo rápido cerró y se informaron los resultados a la dirección nacional. Los resultados eran: Alemán 47.3 por ciento, Ortega 42.1 por ciento y otros 10.6 por ciento. Todos los demás conteos rápidos tenían a Alemán con uno o dos puntos más y Ortega uno o dos puntos menos. Todos estos conteos estaban basados no en actas o telegramas, sino en la observación directa y el informe inmediato de los escrutinios de las papeletas en las urnas de una muestra científicamente diseñada de las juntas receptoras de votos, antes de llenar alguna acta<sup>27</sup>.

Los resultados del conteo rápido son muy similares a los resultados proyectados por la última ronda de encuestas a principios de octubre. Estas encuestas tenían mucha concordancia entre sí y mostraban un promedio donde Alemán mostraba 46 por ciento, Ortega 41 por ciento y otros 13 por ciento. Me parece probable que estos resultados fueron casi exactos a principios de octubre, que Ortega llegó a la cima en ese tiempo, y que Alemán profundizó su ventaja en la última semana debido a la ofensiva antisandinista conformada por COSEP y la iglesia católica, y porque el mitin de cierre del FSLN y el triunfalismo de último minuto fueron más efectivos para promover el sentimiento antisand-



dinista que el pro-sandinista. No cabe duda que aun sin ningún tipo de fraude, Alemán siempre hubiera sido el ganador, y que hubiese rebasado el 45 por ciento (necesario para evitar la segunda vuelta).

27. Los resultados del conteo rápido más completo del grupo de observación electoral Ética y Transparencia fueron: AA 49.22, DOS 40.87, otros 10. Es probable que el conteo rápido del FSLN fue menos acertado ya que, según la información que tengo, se seleccionó la muestra de las JRVs mucho antes de que se definieran el número y la ubicación final de las JRVs, en el momento en que se habían designado sólo 6,000 JRVs, comparado con el total final de 9,000. Según el autor, el resultado de 49 contra 41 es más cerca del resultado verdadero y honesto de lo que es el resultado final de 51 contra 38 que finalmente fue determinado por el CSE. Hasta donde el autor conoce, el conteo rápido del FSLN se ha mantenido en secreto (mi información sobre esto viene de una entrevista el 26 de octubre de 1996 con una persona que participó en el diseño y la ejecución del conteo). Este no tiene ninguna relación con el escrutinio paralelo del FSLN, el cual Daniel Ortega utilizó como base para sus denuncias el día después de las elecciones de que algo estaba mal con los resultados que el CSE estaba anunciando. En un escrutinio paralelo, simplemente se agregan los resultados que se obtengan de las personas que observaron los escrutinios iniciales. La información entra al azar, en base a cuáles JRVs terminan más rápido y tienen más acceso a las comunicaciones. No hay una muestra representativa del universo de las JRVs. Es imposible confiar en los resultados de un escrutinio paralelo sin tener los resultados de un porcentaje muy alto de las JRVs.

El autor observó el escrutinio de la papeletas en 12 JRVs en tres partes de Managua, incluyendo un barrio de apoyo histórico para el FSLN. Ortega ganó sólo 2 de estas 12 JRVs, y en la mayoría de los casos, Alemán recibió un poco más del 50 por ciento. En cada JRV, representantes del FSLN me contaron que, después de los problemas de logística al inicio del día, no había habido más problemas. No observé problemas ni disputas entre el personal y los fiscales en el transcurso del escrutinio de las papeletas. Todas las alegaciones creíbles de

Nada de esto niega la existencia de serias irregularidades, desorganización y algo de fraude. Nunca será posible determinar cuánto fraude se cometió y cuánto incidió en la diferencia de los votos. Pero casi es seguro que la desorganización fue mucho más importante que el fraude en sí. Esta desorganización fue principalmente el producto de la imposición tardía de la Asamblea Nacional en los cambios de la ley electoral del CSE, obligando a éste a absorber dentro de su estructura a nivel departamental personas inexpertas y no capacitadas nombradas por los partidos políticos. Esta es la raíz del caos que irrumpió en Matagalpa por el infame presidente departamental de Alianza Liberal. La incapacidad de proporcionarle al CSE el presupuesto adecuado y el apoyo gubernamental, y el programar las elecciones durante el mes del peor clima, cuando operaciones logísticas en muchas partes del campo son una pesadilla, también contribuyeron. El CSE como un conjunto estaba lejos de ser perfecto, y hasta sus líderes y personal veteranos dejaron mucho que desear comparado con sus actuaciones en 1984 y 1990, pero es poco probable que se hubiera hecho mejor desde circunstancias altamente desfavorables<sup>28</sup>. A juicio del autor, la defensa de la autonomía del CSE y de la estabilidad laboral de sus líderes y personal veteranos, es esencial para la defensa de la democratización. Así

---

En Nicaragua, la polarización política completa es coyuntural y no estructural.

---

también considera que sería un ataque razonable a la ley electoral y una crítica y análisis responsable del modo operativo del CSE como entidad durante todo el proceso electoral .

La campaña poselectoral del FSLN para desacreditar por completo las elecciones no fue nada constructiva, y no ayudó a atraer a las bases del FSLN a un realismo político mayor. El mismo juicio se puede aplicar a la campaña poselectoral de Alemán, Alianza Liberal y la prensa antisandinista para hacer ver que nada fuera de lo común había ocurrido y que las quejas sandinistas sólo eran uvas amargas. (De hecho, el nivel de asombro sobre las irregularidades y las prácticas fraudulentas son preferibles a una actitud cínica o de resignación, lo cual fue común en El Salvador después de las elecciones de 1994.) El apoyo popular de Alemán y el antagonismo popular substancial ante el FSLN son realidades que los sandinistas deben afrontar, así como también el apoyo popular substancial y continuo hacia el

FSLN es una realidad que Alemán, La Alianza Liberal y otros protagonistas antisandinistas deben aceptar. El hecho que ninguno de estos polos del espectro político sea actualmente mayoritario es una realidad que ambos deben afrontar. El discurso público de cada bando debe tornarse realista. La continuación poselectoral de la campaña 1(a)

---

fraude tienen relación con telegramas y actas fraudulentas, la desaparición de papeletas o la aparición de papeletas fraudulentas, después del escrutinio inicial de las papeletas en las JRVs. Nada de esto debe afectar los resultados de los conteos rápidos, ya que estos dependen del informe inmediato del resultado del escrutinio de las papeletas por personas que presenciaron el recuento. Una investigación independiente hecha por el boletín político semanal *Confidencial* determinó que de las JRVs en Managua cuyas urnas no se pudieron localizar después del día de las elecciones, el 28.4 por ciento tuvieron un presidente sandinista y sólo el 35.7 por ciento tuvieron un presidente de Alianza Liberal (23.3 por ciento con presidente de otros partidos y 8.4 por ciento sin identificar). Vea *Confidencial*, No. 19.

28. Los ataques contra la presidenta del CSE, Rosa Marina Zelaya, son extremadamente excesivos e injustos, y a veces ultrajantes y difamatorios. Es una sandinista de casi toda la vida (más recientemente como miembro del MRS) honrada, comprometida y muy trabajadora. Ciertamente cometió errores en el transcurso del proceso electoral tan difícil, pero nadie trabaja más duro ni contribuyó más al esfuerzo por hacer un éxito del proceso. Es ridículo decir que ella haya favorecido Alianza Liberal (como bien saben muchos de los que hacen dichas acusaciones). Una crítica fuerte que puede tener justificación es que no delegaba el trabajo, intentaba hacer demasiado ella sola y fue demasiado optimista en creer que todo se resolvería de una manera u otra. Después de citar algunas de estas críticas, la revista *Envío* respondió que todos esos comentarios han venido de hombres que tal vez tienen dificultad con aceptar que una mujer actúe firmemente en un puesto de liderazgo público, y observaron que "los que la critican tanto parecen olvidar que esos problemas fueron la herencia que le dejó un hombre [Mariano Fiallos] quien renunció al puesto que ella se atrevió a aceptar precisamente porque sabía que no era posible controlar los problemas". *Envío*, diciembre-enero.



obstruye el razonamiento apropiado y necesario para criticar el proceso electoral y el resurgimiento de la campaña 2(b). Como se sugirió antes, el énfasis en el fraude también distrae el análisis académico de su enfoque apropiado, el carácter y las dinámicas de la campaña.

La Campaña 1 empezó a incrementarse hasta en agosto, en parte porque el FSLN estaba a la expectativa y sus estrategias consideraban que la campaña de 1989-90 había durado demasiado y había alcanzado su cumbre muy pronto. Gran parte del capital privado, la sociedad civil tradicional y la jerarquía católica estaban también a la expectativa. Así como se ha presentado el caso histórico de Nicaragua, mucho del capital nicaraguense estaba dividido (y no había presión de Estados Unidos para consolidar la unidad), algunos apoyaban al candidato del Partido Conservador Noel Vidaurre; otros, al antiguo primer ministro de facto de la administración Chamorro, Antonio Laçayo; algunos a Arnoldo Alemán, y muchos se mantuvieron al margen, insatisfechos con las opciones (hubo un esfuerzo no exitoso para impulsar al conocido conservador Pablo Antonio Cuadra). De alguna manera, hubo expectativas respecto a la incorporación de los candidatos del centro y a su participación en las encuestas.

Pero en agosto, la campaña 1 se intensificó, los números de Ortega en las encuestas siguieron mejorándose mientras que Alemán se estancaba. Tal vez, como respuesta, la campaña de Alianza Liberal tuvo un comienzo fuertemente negativo a finales de agosto. Muchos analistas pensaron que ése era un error y les estaba saliendo por la culata, que las personas estaban reaccionando en contra con el resultado que Ortega, quien mantuvo su mensaje de temas de moderación/reconciliación, continuó cerrando el espacio en las encuestas. Pero en las últimas tres semanas, antes del 20 de octubre, el día de las elecciones, la campaña del partido del FSLN también se tornó negativa y se volvió cada vez más triunfalista, particularmente en la presentación del último mitin de cierre de campaña en Managua cinco días antes de las elecciones. Al mismo tiempo, la empresa privada, incluyendo los medios, salieron del margen y se dirigieron al campo con ganas, al igual que la jerarquía católica, todos en coalición con la campaña negativa de Alianza Liberal. Las acciones de Cardenal Obando y Bravo fueron especialmente importantes.

Después del cierre de la campaña, cuando toda

propaganda electoral estaba prohibida, el Cardenal Obando invitó al candidato presidencial Arnoldo Alemán y al candidato a Alcalde de Managua por la Alianza Liberal, Roberto Cedeño, a que participaran en una misa con él y que se les tomaran fotos en esta ocasión. La misa fue transmitida en vivo por la televisión. Alemán tuvo la oportunidad de leer un salmo que hacía referencia a los "elegidos por Cristo." Cedeño leyó el salmo de respuesta. Las fotos de este evento se retuvieron durante tres días, y luego fueron publicadas en las portadas de todos los periódicos antisandinistas el día de las elecciones. A los votantes que hacían fila en los lugares de votación se les vendieron los periódicos. Durante dicha misa, Obando predicó sobre la "parábola de la víbora", una historia en la que dos campesinos encuentran en el camino una gran víbora medio muerta por el frío (la propaganda de campaña de la Alianza Liberal describía al FSLN como una culebra venenosa). Un campesino propone rescatar la víbora, pero el otro advierte que si la rescatan, los morderá y matará. El primero dice que no, no va a ser así, "que las circunstancias han cambiado" (una frase utilizada a menudo en la



campana del FSLN como parte de la explicación de que un gobierno del FSLN nunca jamás sería militarista ni implementaría un servicio militar obligatorio, ni estaría en guerra contra Estados Unidos). El campesino levanta la vñbora, le da calor debajo de su camisa, y luego la vñbora lo muerde y el campesino se muere. Obando concluyó con un llamado a los nicaragüenses a que votaran con prudencia<sup>29</sup>. Finalmente, en la mañana del día de las elecciones, Obando emitió su voto frente a la televisión en vivo, y cuando comenzó a doblar la papeleta presidencial para introducirla en la urna, la papeleta se cayó al suelo, donde se vio claramente por televisión el voto por Alemán.

En otras palabras, la reacción contra la campana negativa de Alianza Liberal causó que algunas personas volvieran al FSLN, por lo cual algunos elementos de este partido se creyeron triunfalistas. Esto produjo una reacción en contra —el triunfalismo del FSLN terminó por promover el antisandinismo más que el sandinismo. La dinámica polarizante se aceleró. Al final, la confrontación polarizante de la campana 1 opacó y subyugó a la campana 2. Fue el clímax poderoso de la campana 1 en la última semana, junto con la interacción del triunfalismo de última hora del FSLN con la ofensiva concertada de última hora de la empresa privada y de Cardenal Obando, que convirtieron la polarización y el miedo de un mal mayor en algo no sólo predominante sino subyugante.

Como se dijo anteriormente, el antagonismo extremo y el miedo hacia un polo o el otro, no son simplemente naturales a esta cultura política, más bien son promovidos por el discurso y las actividades de políticos y medios de comunicación específicos en momentos específicos en la campana electoral. Una dinámica polarizante extrema puede

o no dispararse, dependiendo de los antecedentes, en la continua combinación de tácticas proselitistas de los políticos, y en la naturaleza y la efectividad de las respuestas de los medios de comunicación y la sociedad civil.

Los antecedentes de Nicaragua a partir de 1996 (años de desorden social persistente, inseguridad, pobreza, subordinación a fuerzas extranjeras, incapacidad persistente del gobierno de actuar efectivamente para controlar dichos factores), implicaron que la campana de interés público, Campana 2(b), atrajera la atención de una población cínica con poca confianza en los políticos y las instituciones políticas. Pero esa campana era prominente, y tuvo una oportunidad de ser efectiva, siempre y cuando la empresa privada se mantuviera dividida y al margen de la campana 1, y que el Cardenal Obando siguiera apoyando a la campana 2(b) y al margen, sin acercarse a la campana 1.

Por lo tanto, mientras la polarización (y la incapacidad de los partidos de centro de atraer votantes) se puede aplicar a la intención y conducta votante, no es realmente la conceptualización correcta de la realidad fundamental de la cultura política y la opinión pública. Es correcto que el centro no está efectivamente organizado. Pero la debilidad del centro y la polarización de la temporada electoral ciertamente no significan que la población en general sea altamente ideológica o altamente partidista.

Por consiguiente, en Nicaragua, la polarización política completa es coyuntural y no estructural. El debilitamiento y la desorganización del centro es más fundamental. Creo que esta conclusión también es aplicable a El Salvador. Nicaragua y El Salvador son similares en lo siguiente: (1) la gran

29. Como observó un analista del Nuevo Diario, la campana electoral había sido como un partido de béisbol en el que los liberales anotaron muchos puntos en las primeras entradas, llegando a lo que parecía ser una diferencia insuperable. Pero después, los liberales dejaron de anotar, mientras que los sandinistas comenzaron a hacer unos puntos en cada entrada. En la última parte de la novena, los sandinistas iban perdiendo por dos puntos y llenaron las bases. Con dos fuera, Ortega fue a batear. Los liberales llamaron al lanzador veterano de relevo, Obando y Bravo, quien ponchó a Ortega con su famoso tiro de curva. (El autor elaboró un poco más sobre la versión del Nuevo Diario.)

El Cardenal Obando y la jerarquía católica hicieron un truco similar en 1990. La mañana del día de las elecciones organizaron una jugada genial contra Daniel Ortega. Las elecciones se realizaban el 25 de febrero y Daniel Ortega aparecía en la quinta casilla en la papeleta. Por eso, uno de los eslogans del FSLN era (marque su papeleta) "en la 5ª el 25". Esa mañana, los sacerdotes católicos hicieron, por todo el país, una lectura en la misa del libro de Daniel, capítulo 5, versículo 25, en el que está escrito (aproximadamente) "Su reino es temporal y la lluvia se lo llevará". Agustín Jarquín, uno de los máximos dirigentes de la campana de UNO, me contó esta historia en una entrevista en febrero de 1995.

aceptación por parte del electorado de los principios democráticos y sus formas abstractas, combinado con un cinismo enorme y falta de confianza ante todas las fuerzas políticas e instituciones existentes; (2) debilitamiento continuo de los partidos políticos centristas, la ausencia virtual de un "centro" político organizado; (3) polarización entre izquierda y derecha en el escenario electoral (con expresiones de actitudes más favorables de parte de los simpatizantes ambivalentes de los partidos de los polos durante las temporadas electorales); (4) la falta de posibilidades por parte de los contendientes polares por alcanzar un estatus mayoritario, sin importar el resultado electoral; la ambivalencia ante ambos polos (apariencia "centrista") —que continúa siendo políticamente desorganizada— por la mayoría de cada electorado (y una pluralidad de los que efectivamente votaron).

Sin embargo, la historia del centro es verdaderamente diferente en los dos países. A pesar de la incapacidad del centro nicaragüense para establecer organizaciones políticas duraderas o una unidad política, el centro-izquierda nicaragüense ha tenido un impacto enorme en la cultura política nicaragüense y de su sociedad civil. Hasta hace relativamente poco, el centro-izquierda tuvo menos oportunidad y menos impacto en El Salvador, en detrimento para el proceso de democratización (este tema se trata más adelante).

#### 4. El enigma de la comparación de los niveles de asistencia en Nicaragua y El Salvador

Nicaragua y El Salvador comparten características demográficas, socioeconómicas, culturales, históricas, y con el esquema institucional del

gobierno (sistemas presidencialistas con legislaturas unicamerales y elecciones por representación proporcional). Además, sus transiciones hacia la democracia han sucedido durante el mismo período. Durante el mismo momento histórico, desde mediados de los setenta hasta mediados de los noventa, ambos países experimentaron movimientos revolucionarios fuertes contra "dictaduras reaccionarias", guerras civiles, el inicio de elecciones honestas, y procesos de paz apoyados y mediados por la comunidad internacional para concluir las guerras civiles, seguidos por las "elecciones del siglo" (Nicaragua 1990, El Salvador, 1994). Sin embargo, los dos países han sido muy diferentes en cuanto a los niveles de asistencia electoral —en esas "elecciones del siglo", en Nicaragua, el nivel fue del 78 por ciento, y en El Salvador, del 53 por ciento.

Como se mencionó antes, el nivel de asistencia en El Salvador es bastante raro entre los países que realizan elecciones honestas con regularidad. En América, El Salvador comparte un nivel alto de abstencionismo principalmente con Estados Unidos y Guatemala, mientras que Nicaragua se parece más a Costa Rica y Europa<sup>30</sup>. Esta división se puede aplicar no sólo al nivel global de abstencionismo sino también a la ubicación del abstencionismo dentro de la estructura socio-económica. En El Salvador, Guatemala y Estados Unidos, el abstencionismo está altamente concentrado entre los pobres y los que tienen poca educación formal; no es así en Nicaragua, Costa Rica y Europa, donde el abstencionismo que existe se distribuye más igualmente por la población (aunque siempre hay alguna diferencia entre los sectores más y menos educados del electorado)<sup>31</sup>.

30. Entre los países latinoamericanos que realizan elecciones honestas con regularidad, se ha visto un promedio de asistencia de aproximadamente 75 por ciento; entre las democracias europeas establecidas (excluyendo Suiza pero agregando Japón, Nueva Zelandia, Australia), la asistencia se ha mantenido en unos 78 por ciento durante los noventa, un poco más bajo que el promedio de los ochenta. Pero casi todos estos países, a diferencia de Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Estados Unidos, tienen inscripción automática de los votantes o votación obligatoria, y muchos tienen los dos. Sobre la importancia del voto obligatorio para la asistencia, vea Lijphart, Arend. "Unequal Participation: Democracy's Unresolved Dilemma", *American Political Science Review*, Vol. 91, No 1, marzo, 1997), pp. 8-9. Suiza siempre ha tenido los niveles más bajos de asistencia en el mundo democrático (en los últimos años ha sido de 46 por ciento), principalmente porque tienen elecciones más frecuentes (a diferentes niveles) que cualquier otro país, y las elecciones nacionales no son muy importantes bajo su sistema de gobierno. LeDuc, Lawrence; Niemi, Richard y Norris, Pippa eds. *Comparing Democracies: Elections and Voting in Global Perspective*, Sage Publications, 1996, pp. 16-19; Powell, G. Bingham Jr. "American Voter Turnout in Comparative Perspective", *American Political Science Review*, Vol. 80, No 1, marzo, 1986.
31. Con respecto a los grados de concentración socioeconómica del abstencionismo en los diferentes países, vea Lijphart, Arend, op cit. En la página 3, del artículo, argumenta que niveles más altos de tal concentración serían más comunes si se aboliera la votación obligatoria.



Pero si lo vemos más de cerca, al aplicar el análisis estándar de las ciencias políticas, al considerar una amplitud de casos menos democráticos y reconocer los recientes decrecimientos en los niveles de asistencia casi por todo el mundo, hay que concluir que no sólo los niveles salvadoreños son relativamente bajos, sino que también los niveles nicaragüenses son relativamente altos para el tipo de sistema electoral y electorado que tiene Nicaragua<sup>32</sup>. Lo que es más notable es la diferencia en la asistencia entre El Salvador y Nicaragua. Los dos sistemas electorales y los dos electorados son similares de muchas maneras, y donde hay diferencias, éstas deberían favorecer una asistencia más alta en El Salvador. Ambos países tienen sistemas bastante complicados de inscripción del votante que dependen de la iniciativa del votante —el factor que, según la mayoría de los politólogos, causa niveles bajos de asistencia en Estados Unidos<sup>33</sup>. Según la literatura académica sobre el comportamiento de los votantes en las democracias,

tales sistemas deben deprimir la inscripción especialmente en los electorados relativamente jóvenes, menos educados y pobres (donde gran parte del electorado no estaría familiarizada con el proceso de inscripción y lo encontraría difícil de entender y con un costo elevado), y en países con sistemas de transporte inadecuados. Ese tipo de electorado y ese tipo de transporte son los que existen en Nicaragua, considerado uno de los países más pobres del Hemisferio Occidental, cuya población a los 16 años está en edad de votar (es la edad menor en relación con todos los demás países en el Hemisferio Occidental con la excepción de Brasil). Nicaragua tiene grandes regiones remotas de montañas y bosque donde los únicos medios de transporte son a pie, a caballo y la canoa, y aun fuera de esas regiones, el sistema de transporte es malo casi por todas partes, lo cual permite que viajar para inscribirse y votar sea engorroso para los pobres<sup>34</sup>. Pero Nicaragua ha logrado niveles de inscripción de más del 90 por

32. La asistencia en Estados Unidos era de un promedio de 62 por ciento en 1960, y 53 por ciento en los noventa. Veintiuna democracias, en su mayoría de Europa, tenían un promedio de 82 por ciento en la década de los sesenta, y 76 por ciento en los noventa. Dalton, Russell. *Citizen Politics*, Chatham House, 1996, p. 45.
33. Fox Piven, Frances y Cloward, Richard A. *Why Americans Don't Vote*, Pantheon, 1988; Rosenstone, Steven J. y Hansen, John Mark. *Mobilization, Participation, and Democracy in America*, MacMillan, 1993. No existía ningún sistema permanente o continuo de inscripción en Nicaragua durante los años 1984-1996 (comenzaron a implementar un sistema con base en un documento con una validez de diez años, parecido al sistema salvadoreño, en 1996). Para cada elección, los votantes tenían que viajar a una oficina de inscripción durante uno de varios fines de semana tres o cuatro meses antes del día de la elección para solicitar el documento para votar. Entonces tenían que regresar, por lo menos una vez, para retirar el documento. El hecho que la inscripción se cerrara mucho tiempo antes de las elecciones —y antes del momento pico de la campaña— es especialmente importante. Rosenstone & Hansen, comparando el impacto de las diferentes leyes estatales de inscripción sobre la asistencia en Estados Unidos, concluyen: "... la sección que sobresale consistentemente con el impacto más fuerte sobre la inscripción y la asistencia es la fecha de cierre ..." "Fechas de cierre tempranas deprimen la participación de los votantes, ya que requieren que la gente se inscriba mucho antes de que las campañas lleguen a su clímax y los esfuerzos de movilización hayan entrado en alta velocidad... [P] Fechas de cierre tempranas tienen su mayor impacto sobre los que de todos modos son menos propensos a votar" (207-08). El hecho de que en Nicaragua se logre inscribir más del 90 por ciento con una fecha de cierre mucho antes del día de las elecciones es extraordinario. Es probable que la inscripción hubiera sido significativamente más alta (que el 91 por ciento que se alcanzó) en 1990 si se hubiera permitido la inscripción durante los últimos meses muy intensos de la campaña.
34. Mitchell Seligson ha demostrado que en Costa Rica, la democracia más establecida en Latinoamérica, el abstencionismo tiene una correlación alta con la residencia en los distritos rurales pobres. Sugiere que esto es producto del costo del transporte en autobús hacia los lugares de inscripción y votación. Mitchell Seligson, John Mark. "Costa Rica and Jamaica", en Myron Weiner & Ergun Ozbudun, eds., *Competitive Elections in Developing Countries*, Duke University Press, 1987, pp. 172-73. En Nicaragua, así como en Costa Rica, los lugares de inscripción y votación son numerosos y dispersos donde haya una concentración de población, facilitando un acceso fácil. Esta es una ventaja estructural que tiene el sistema nicaragüense, comparado con el salvadoreño, el cual tiene mucho menos, y menos dispersos, lugares de inscripción y votación. Sin embargo, en las áreas rurales con una densidad poblacional baja, muchos nicaragüenses deben viajar distancias significativas a los lugares de inscripción y votación, con gastos (de dinero o tiempo), y en las regiones remotas, estos viajes son difíciles y caros.



ciento en cada una de sus elecciones presidenciales (1984, 1990, 1996). La asistencia, el día de las elecciones, de la población en edad de votar fue del 69 por ciento en 1984 (a pesar del boicót montado por la oposición derechista promovido por Estados Unidos), 78 por ciento en 1990, y algo más del 73 por ciento en 1996<sup>35</sup>. Hasta donde se ha podido averiguar, Nicaragua tiene el nivel más alto de inscripción de votantes (y, por lo menos en 1990, uno de los niveles más altos de asistencia) en el mundo para un sistema electoral con esta combinación de características<sup>36</sup>.

El Salvador tiene el mismo tipo de sistema electoral, pero tiene un electorado considerablemente mayor, y algo más educado y menos pobre. Por otro lado, El Salvador es un país más pequeño que Nicaragua, con menos montañas, casi nada de selva y, en gran parte del país, con una infraestructura de transporte mucho mejor<sup>37</sup>. Comparado con Nicaragua, El Salvador es más avanzado en muchos aspectos, con una sociedad civil e instituciones gubernamentales más sofisticadas, una economía más fuerte y una clase media con más educación. Por lo tanto, según las teorías generales

35. Vea la nota 10. En la encuesta del Instituto de Estudios Nicaragüenses, la cual excluyó la costa atlántica y el Río San Juan, el 83.6 por ciento de quienes respondieron informaron que habían votado en las elecciones de octubre de 1996. La asistencia en la costa atlántica (quizás un 7 u 8 por ciento de la población nacional en edad de votar) seguramente fue menor. Y, por supuesto, es probable que la autodeclaración exagere la asistencia. Un 75 a un 77 por ciento parecería ser un buen estimado de la asistencia nacional en esa elección.
36. Para comparaciones vea LeDuc, Lawrence; Niemi, Richard; Norris, Pippa, eds. *Comparing Democracies: Elections and Voting in Global Perspective*, Sage Publications, 1996, pp. 16-19. La Tabla 1.3 de este tomo muestra que de 44 regímenes electorales, sólo Brasil y las Filipinas tienen edades mínimas de votar de menos de 18 años, el 30 por ciento tiene votación obligatoria y un tercio tiene por lo menos alguna votación por correo. En Latinoamérica, todos tienen votación obligatoria menos Colombia. Hay razones para creer que, sin votación obligatoria, la asistencia sería substancialmente más baja en muchos de estos casos, y eso significaría substancialmente más baja que la de Nicaragua. Vea Lijphart, Arend. "Unequal Participation: Democracy's Unresolved Dilemma", *op cit.*, pp. 8-9. De las 20 democracias que G. Bingham Powell analizó, en 16 la inscripción es iniciada por el gobierno. En Australia y Nueva Zelanda los ciudadanos deben tomar la iniciativa, pero tienen la obligación legal de hacerlo y están sujetos a castigos si no lo hacen. Sólo Estados Unidos y Francia dejan la inscripción a la iniciativa voluntaria del ciudadano, y Francia requiere el registro local de la identidad, lo cual facilita la inscripción para votar. "American Voter Turnout", *op cit.*, p. 21.
37. El sistema electoral nicaragüense tiene una ventaja importante comparado con el salvadoreño: el voto residencial descentralizado (vea nota 34). El sistema salvadoreño obstaculiza la votación para los pobres, ya que ello implica que viajar se tome muy engorroso para ellos. Observe, sin embargo, que en Nicaragua, la asistencia ha sido alta aun en las áreas remotas donde una densidad poblacional baja y una dispersión alta (y una ausencia de transporte moderno) significa que las personas deben viajar durante horas para llegar a los lugares de inscripción y votación.  
Una segunda diferencia entre los dos sistemas debe favorecer una asistencia más alta en El Salvador: En Nicaragua no ha habido un sistema continuo de inscripción (vea nota 33), mientras que El Salvador sí tiene tal sistema. En El Salvador, una vez inscrito en el padrón, uno no tiene que volver a inscribirse para cada elección, a menos que haya cambiado su lugar de residencia y votación. La fecha de cierre para comenzar a inscribirse por primera vez es cuatro meses antes de las elecciones, como en Nicaragua, pero si este proceso se inició en algún momento en el pasado, no hay ninguna fecha límite legal para completar el proceso, aun si uno nunca ha tenido éxito en obtener un documento para votar. Sin embargo, el proceso para convertir una solicitud inicial en la entrega del documento para votar (carné) puede ser difícil, largo y caro para los que no tienen partida de nacimiento. Antes de 1988, la votación era técnicamente obligatoria en El Salvador y la inscripción algo menos complicada. Por lo menos (o especialmente) con respecto a las elecciones de 1982, para la asamblea constituyente no votar se consideraba peligroso. No hubo inscripción. Los soldados y policías a menudo pedían ver los documentos de identidad en los cuales se ponía la certificación de haber votado, en un contexto en el cual el FDR-FMLN había hecho un llamado para un boicót de las elecciones, y los escuadrones de la muerte con vínculos en las fuerzas armadas mataban a unas 800 personas por mes con base en sospechas de vínculos con el FDR-FMLN. El Ministro de Defensa García informó al público que no votar sería traición, mientras que las autoridades electorales decían que el abstencionismo era igual a "apoyar la subversión". Montgomery, Tommie Sue. *Revolution in El Salvador*, 1995, pp. 156, 159. Dunkerley, James. *Power in the Isthmus*, 1988, p. 405; Bland, Gary. "Assessing the Transition to Democracy," in Tulchin, Joseph, ed. *Is There a Transition to Democracy in El Salvador?*, 1992, p. 197.

de las ciencias políticas de ambos, El Salvador debe estar más avanzado con respecto a la democratización, incluso, o quizás especialmente, con respecto al nivel de asistencia. Sin embargo, el electorado nicaragüense consistentemente vota a niveles más altos que el salvadoreño. Esto es un enigma interesante. El autor no profundizará en este tema<sup>38</sup>, sólo hará algunas observaciones.

Existe una línea de análisis en la literatura de las ciencias políticas sobre la asistencia electoral que puede ayudar a solucionar este enigma. En la literatura, un análisis más profundo sobre el impacto de los procesos de inscripción de los votantes y las razones del aumento en la votación según el nivel educativo y la edad, lleva a un énfasis en la presencia o ausencia relativa en la sociedad y en las vidas de los individuos de actores políticos con recursos que proporcionan información, asistencia y movilización a los miembros del electorado que no tienen iniciativa propia, especialmente los pobres y quienes tienen menos educación<sup>39</sup>. En otras palabras, donde existen estos agentes promotores de la politización entre los pobres, que ayuden a la inscripción y promoción de la asistencia el día de las elecciones, es más probable que los pobres y quienes tengan menos educación voten. En todas partes, la tendencia es que estos agentes no lleguen a los jóvenes (por la falta relativa de contactos que tienen con las redes sociales que facilitan tales contactos) y, en todas partes, la asistencia es más baja entre el sector más joven del electorado. El nivel en que estos promotores, han sido activos y enfocado sus labores hacia los pobres y aquellos que tienen menos educación ha variado mucho en diferentes momentos y lugares, y esto ha llevado a grandes diferencias en los niveles de asistencia.

Los que sostienen que la educación lleva a niveles más altos de inscripción y votación argumentan que la educación les proporciona el conocimiento, las habilidades y las experiencias que producen la voluntad y la habilidad de enfrentar las burocracias, los requisitos, los formularios, las filas de espera y las fechas de cierre. Lo que se ignora, en la mayoría de la literatura de las ciencias

políticas, es que estos factores no han sido importantes en todos los casos. Quienes tienen menos educación votan en la mayor parte de Europa y votaron durante la mayor parte del siglo diecinueve en Estados Unidos. Parece que estos factores se vuelven importantes únicamente donde aquellos que tienen menos educación experimentan la inscripción o la votación como un asunto de intimidación y tienen quién les ayude con el proceso —donde el sistema dice efectivamente que sólo vamos a permitir que votés si primero vos demostrás que podés recorrer estos obstáculos solo, sin ayuda. Una vez que ellos sientan que el sistema les dice eso, la mayoría no se motivarán a hacer un segundo intento después de reformas mínimas o de bajo perfil —será necesario motivarlos con actores políticos que buscan incluirlos en el electorado.

Por toda Europa, en la época después de la segunda guerra mundial, el gobierno ha llevado a cabo la inscripción de los votantes, y los partidos y los sindicatos han trabajado en la movilización de base. La asistencia ha sido alta, incluso entre los pobres y quienes tienen menos educación. En Estados Unidos, en el siglo diecinueve, la mayoría de los estados no tenía requisitos para la inscripción de los votantes, y los partidos políticos trabajaron mucho en la movilización de los hombres blancos. Votar formaba una parte central de la cultura del hombre blanco de las clases obrera y media baja, sin importar su nivel educativo. La asistencia era alta. Esto comenzó a cambiar en 1887, con el fin de la Reconstrucción de los estados del sur y la represión de la organización y el activismo político de los negros. Entre 1886 y los 1920, se adoptaron requisitos para la inscripción por todo Estados Unidos, con el fin de eliminar la votación fraudulenta (organizada por las 'máquinas' políticas corruptas) y de quitarle el sufragio a los 'ignorantes' y los 'no americanos' (refiriéndose a los no blancos y los que no hablaban inglés). Inscribirse para votar formó parte de una cultura de oficiales y reglas —oficiales y reglas de la clase media de los blancos— con la intención de intimidar a los pobres. Además, los partidos

38. Lo he tocado en "Does Democracy Need a 'Center'? Political Polarization, Mass Citizenship, and Problems of Democratic Consolidation in Nicaragua and El Salvador", una ponencia dada en la reunión de abril de 1997 de la Latin American Studies Association en Guadalajara, una parte de la cual se publicará en San Salvador este año por la Fundación Ungo.

39. Rosenstone y Hansen. *Mobilization, Participation, and Democracy in America*, *op cit.*; Piven y Cloward, *Why Americans Don't Vote*, *op cit.*

políticos eliminaron gran parte de su trabajo de base (ya que las elecciones se volvieron poco competitivas en los estados del sur y gran parte del norte). La asistencia cayó fuertemente, en especial en los estados del sur, donde la votación de los negros desapareció completamente durante la década de 1890 (del nivel más alto de más del 50 por ciento en 1876). En los estados del sur, durante la primera mitad del siglo veinte, la asistencia total de la población en edad de votar fue de sólo un 20-25 por ciento. Durante la década de los treinta, los sindicatos industriales y el Partido Demócrata revivieron los esfuerzos de movilización de la base e implementaron campañas de inscripción de los votantes (fuera de los estados del sur), y la asistencia subió entre los pobres, los trabajadores y los con menos educación. Dichos esfuerzos decayeron después de los años treinta, y la asistencia volvió a caer. En 1960, el movimiento de los derechos civiles y los casos legales contra las leyes discriminatorias de inscripción y votación llevaron a un aumento en el nivel de votación entre los negros de los estados del sur del 20 por ciento al 70 por ciento (según las autodeclaraciones en las encuestas). Después de la disminución del movimiento para los derechos civiles, la votación entre los negros decayó, pero no hasta los niveles de 1950<sup>40</sup>.

Otra manera de decir lo anterior: la asistencia depende de que la gente sienta que votar sea tanto importante como accesible. Respondiendo a las preguntas de las encuestas, la mayoría de la gente dice que está a favor de la democracia y el voto, y que ambos son importantes<sup>41</sup>. Pero la medida en que estos temas se vuelven elementos poderosos

del pensamiento y sentimiento de la gente, y la medida en que se convierten en comportamiento político concreto (tal como ir a votar), varía mucho según el equilibrio entre las influencias promotoras y desanimadoras en las situaciones, las experiencias y los eventos concretos. Donde los terratenientes y los militares siempre han tenido más poder sobre la vida en las zonas rurales de lo que tienen los oficiales electos, es menos probable que los pobres del campo perciban como importantes las elecciones para los cargos públicos. Donde esta situación cambia de manera decisiva, la asistencia para tales elecciones puede crecer. Donde cambia paulatinamente, es posible que la asistencia no suba sin la presencia de fuerzas motivadoras.

La "accesibilidad" de la inscripción y la votación depende no sólo de la complejidad de los procesos y el tiempo y los gastos necesarios para llegar a los lugares de inscripción y votación, sino también de la distancia social entre el votante potencial y los oficiales con los que tiene que enfrentarse en el transcurso de los procesos de inscripción y votación. La importancia de este último factor fue evidente en los estados del sur de Estados Unidos, por lo menos hasta finales de 1960, donde los ciudadanos negros sufrieron intimidaciones y humillaciones ante el personal, siempre blancos, de los lugares de inscripción y votación. Algo similar ha sucedido con las poblaciones indígenas de México y América Central. Es poco probable que los sectores de la sociedad que sienten que el ámbito público no les pertenece, que no se sienten como ciudadanos de ese ámbito, se inscriban y voten, a menos que sea bajo presión o a cambio de un soborno<sup>42</sup>.

40. Con respecto a la historia descrita en el párrafo anterior, vea las fuentes citadas en la nota 33, especialmente Piven y Cloward, y también Wiebe, Robert H. *Self-Rule: A Cultural History of American Democracy*, 1995. Es poco probable que la gente que se siente intimidada por la cultura de oficiales y reglas alrededor de la inscripción y la votación haga mucho (o incurra en gastos de oportunidad) para participar en esa cultura sin que reciban una "invitación" especial o una provocación poderosa.
41. Recibir durante toda la vida los mensajes de los medios de comunicación (muchas veces en adición a algún nivel de educación formal) significa que casi todos tienen en mente por lo menos algunos fragmentos de los temas que se presentan como positivos y legítimos de forma frecuente y sostenida en los medios. La democracia y el voto han recibido altos niveles de referencia positiva repetida a través del hemisferio occidental en las últimas décadas. Por eso, casi todos han llegado a tener algunas ideas positivas sobre este tema. Tanto en Nicaragua como en El Salvador, las encuestas muestran altos niveles de apoyo para la democracia en el abstracto.
42. Sobre el tema de estos sentimientos entre los no votantes en El Salvador, vea Cruz, José Miguel. "Ausentismo en las elecciones: algunas hipótesis y reflexiones desde las encuestas", *Estudios Centroamericanos*, No 545-546, marzo-abril, 1994. El tema central de este artículo es que en El Salvador, la mayoría de los que están "indecisos" en las encuestas pre-electorales realmente están completamente apáticos de la política existente y no votan. No participan en la sicología de la polarización y no ven ninguna alternativa a la polarización que los pueda atraer a



Si se revisa el enigma desde esta perspectiva, y se comparan las "elecciones del siglo" de Nicaragua y El Salvador (1990 y 1994, respectivamente), se ven inmediatamente dos fuerzas de "asistencia" que tomaron acciones más fuertes y efectivas en Nicaragua que en El Salvador: el gobierno de Estados Unidos y las autoridades electorales nacionales. Debemos analizar (1) la diferencia entre la política estadounidense hacia la campaña electoral de 1990 en Nicaragua y la política estadounidense hacia la campaña electoral de 1994 en El Salvador, y (2) la diferencia entre la gestión del Consejo Supremo Electoral (CSE) de Nicaragua en 1989-1990 y la gestión del Tribunal Supremo Electoral (TSE) de El Salvador en 1993-1994<sup>43</sup>.

El efecto neto de estos factores fue tal que, en 1989-1990, la oposición nicaragüense recibió

mucha más ayuda para movilizar a los que se sentían pasivamente desconectados del gobierno actual (los que no tenían iniciativa con respecto a la participación electoral) de lo que recibiera la oposición en El Salvador en 1994. Antes de las elecciones de 1996, en Nicaragua, quizás se hubiera pensado que estos dos factores (el papel de Estados Unidos y la gestión de las autoridades electorales) daban todo lo que se necesitaba para explicar este enigma. Si hubiera sido cierto, entonces, las elecciones de 1996 en Nicaragua debieron resultar más o menos parecidas a las salvadoreñas de 1994. Efectivamente así fue la predicción que hizo el autor, pero no resultó así<sup>44</sup>. De hecho, la asistencia en Nicaragua siguió alta en 1996, a pesar de la relativa ausencia de fuerzas efectivas de "asistencia", es decir, el bajo perfil del gobierno de Estados

---

la política. La entrada de la izquierda a la política electoral no ha incorporado a esta gente. No confían en el mundo de las instituciones públicas. Esto está relacionado con la desigualdad histórica profunda de la participación socio-política en todos los ámbitos. La tesis de Cruz es parecida al de los documentos escritos por Rubén Zamora sobre la historia de exclusión de las clases populares de los ámbitos del poder. Vea, por ejemplo, "Partidos y cultura política: instrumento u obstáculo?" en Ruggenback, Stefan, ed. *Cultura Política en El Salvador*, San Salvador, 1995. En El Salvador, la mayoría pobre sigue afectada por la cultura de pasividad y aversión al riesgo que dejaron la Matanza de 1932 y la subsiguiente represión. Esto es parecido a Guatemala y diferente de Nicaragua.

Tanto en el período electoral de 1994 como 1997, los anuncios televisivos del Tribunal Supremo Electoral de El Salvador, promoviendo la educación, inscripción y asistencia del votante, incluyeron únicamente a personas y narradores con ropa bonita, piel clara, rasgos europeos, de las clases altas y medias. Según lo que veía la mayoría de los salvadoreños, estos anuncios no estaban dirigidos hacia ellos y el mundo de la inscripción y del ejercicio del voto no era poblado por gente como ellos. Los anuncios similares del CSE en Nicaragua en 1989-1990 incluyeron un grupo más diverso de diferentes sectores sociales.

43. Hubo, además, una tercera fuerza de "asistencia" que fue activa en Nicaragua —el Cardenal Obando y Bravo y la jerarquía Católica. Esta fuerza pudo haber sido especialmente efectiva en motivar la asistencia entre los que, de no ser así, serían los menos propensos a votar, los más tradicionales entre los pobres.
44. En un artículo escrito a mediados de 1995, hice la predicción de que Arnoldo Alemán ganaría en las elecciones presidenciales de octubre de 1996, pero también predije un nivel bajo de asistencia. "Reading Nicaraguan Political Culture Through the Lens of the 1989-1990 Pre-Election Polling Controversy", publicado en español en *Cultura Política y Transición Democrática en Nicaragua*; Córdova, Ricardo y Maihold, Gunther, eds., Managua, 1996.

En ponencias presentadas durante el año antes de las elecciones de octubre de 1996, el autor ofreció la comparación siguiente de las elecciones de 1990 en Nicaragua y de 1994 en El Salvador y México:

Nicaragua, en 1989-1990, y El Salvador y México, en 1994, tenían gobiernos actuales poderosos y algo autoritarios, realizando las elecciones más libres y justas que se habían visto hasta la fecha, gastando mucho dinero en la campaña e intentando vincularse con la fuerza y la estabilidad, mientras que al mismo tiempo intentaban vincular a sus oponentes principales con la violencia, la inestabilidad y la falta de preparación para gobernar —enviando el mensaje al votante temeroso del riesgo que poner a la oposición en el poder sería peligroso. Cuatro meses antes del día de las elecciones, las encuestas en los tres países mostraban grandes números de indecisos. En ningún caso existía una mayoría partidaria, ni para el partido de gobierno ni para la oposición. En México y El Salvador, los partidos de gobierno ganaron las elecciones, en gran medida por la inercia de los alienados y la falta de experiencia, las divisiones y la desorganización de la oposición, y con la ayuda del control que tenía el partido de gobierno sobre el sistema electoral y el uso de los recursos del estado. La oposición no logró llegar al votante temeroso. En Nicaragua, a diferencia de los otros dos casos, los alienados pasivos y los temerosos fueron a votar en grandes números y votaron por la oposición, a pesar del

Unidos y la relativamente mala gestión del Consejo Supremo Electoral<sup>45</sup>. Esto no quiere decir que se deba descartar la importancia del papel de Estados Unidos y la gestión de las autoridades electorales; estos dos factores ciertamente dan una parte importante de la solución a nuestro enigma. Pero es evidente que todavía falta una pieza central en la solución.

### 5. Explicación a través de la historia comparativa

No tengo una solución completa para nuestro enigma sobre la asistencia electoral, pero una parte importante de la solución radica en lo que les pasó al centro-izquierda en Nicaragua y El Salvador en los setenta —los destinos diferentes que encontraron en los dos países a finales de los setenta y durante los ochenta, y también cómo la cultura política tanto de la derecha como de las clases populares fue afectada en los dos países por los eventos de los ochenta. Estos factores se combinaron para producir cambios que favorecían la asistencia en la cultura política popular, y en los niveles de politización y movilización durante los períodos electorales, en Nicaragua, los cuales no se dieron en El Salvador. A pesar de la persistente inhabilidad del centro nicaragüense de establecer organizaciones o unidad política duradera, el centro-izquierda nicaragüense (medio dentro de y medio fuera del régimen sandinista durante 1980) ha tenido un impacto fuerte sobre la cultura política y la sociedad civil en Nicaragua. Hasta los 1990, el centro-izquierda de El Salvador tuvo menos oportunidad y menos impacto para el detrimento de la democratización.

En ambos países, la segunda mitad de la década

de los setenta constituyó una época clave. En ambos países, el centro-izquierda, que siempre había luchado por la democratización, se convirtió en una fuerza política fuerte durante esos años, en gran medida por el trabajo del movimiento de comunidades eclesiales de base y la politización de los estudiantes de secundaria y universidad de la clase media. En ambos países, muchos activistas de centro-izquierda fueron asesinados y muchos otros radicalizados en esos años. Pero en 1979, las historias cambiaron. En los primeros años de 1980, los asesinatos del centro-izquierda en El Salvador no sólo siguieron, sino que se expandieron<sup>46</sup>. En Nicaragua se detuvo. En ambos países, el centro se dividió después de 1979; una parte giraba hacia la derecha (animados y presionados por la administración Reagan,) y la otra giraba hacia la izquierda. Pero en Nicaragua, la derecha antidemocrática había sido vencida convincentemente por una coalición de izquierda y centro-izquierda, y la ciudadanía de masas fue posteriormente deslegitimada durante 1980 (tanto por la izquierda como por la derecha). Como contraste, en El Salvador, en 1970 y principios de 1980, se vio que la derecha antidemocrática venciera convincentemente al centro-izquierda. Y más tarde, aun con elecciones y procesos de paz, el centro-izquierda iba reapareciendo poco a poco, mientras que la derecha antidemocrática se mantuvo relativamente fuerte y todavía faltaba legitimar y hacer creíble la ciudadanía de masas para las mayorías pobres.

En 1979, la izquierda/centro-izquierda ganó en Nicaragua y perdió en El Salvador. En El Salvador, los activistas de la movilización de centro-izquierda de los setenta fueron asesinados, obligados a

---

alto nivel de falta de experiencia, divisiones internas y desorganización de parte de la oposición. Esas divisiones internas y la inercia de los alienados fue superado temporalmente, y la falta de experiencia y preparación para gobernar de la oposición se hizo irrelevante dado que el gobierno de Estados Unidos estaba apoyando fuertemente la oposición. La diferencia entre Nicaragua, de un lado, y México y El Salvador, al otro lado, radicó en cómo los votantes temerosos percibían las consecuencias probables de poner en el poder a la oposición con su voto —en Nicaragua podían creer que seguramente el tío Sam no permitiría que fracasara un gobierno de oposición, así que darle el poder a dicha oposición era, de hecho, la alternativa menos arriesgada (dado que, aunque no se creyera que la reelección de Daniel Ortega significaría que el apoyo estadounidense para la guerra de los contras seguiría, era evidente que ningún gobierno sandinista gozaría de apoyo positivo y ayuda para la desmovilización de los contras de parte de Estados Unidos.

Las implicaciones de este análisis para las elecciones de 1996 eran que sin esta motivación especial y poderosa para votar, proporcionada por un apoyo fuerte de Estados Unidos hacia una de las opciones políticas, los alienados pasivos de Nicaragua se comportarían más como sus similares en El Salvador —absteniéndose de votar.

45. Aunque en el último momento, el Cardenal Obando y la jerarquía Católica sí entraron en el tema electoral, y esta vez con más fuerza, como se explicó antes.

46. Vea Stanley, William. *The Protection Racket State*, Temple University Press, 1996.

abandonar la política, exiliados, o se incorporaron a la guerrilla izquierdista. Las organizaciones de base de la izquierda fueron aplastadas. Los activistas que sobrevivieron fueron separados por completo de la política electoral, con muchas reservas ante la posibilidad de regresar a la política electoral cuando esto se volvió relativamente menos peligroso a finales de los ochenta. En Nicaragua, estas personas se mantuvieron en la política después de las movilizaciones de 1970, algunos dentro del FSLN, muchos como personal de las instituciones gubernamentales o de la sociedad civil de centro-izquierda, o como activistas de los partidos políticos de la "oposición que participaba" (la "oposición leal"). Muchos se desilusionaron con el régimen sandinista y se involucraban menos en la política en la segunda mitad de los ochenta<sup>47</sup>. Pero muchos convirtieron su desilusión en activismo más fuerte de oposición durante el período 1988-1990, animados por el proceso de paz de Esquipulas II, las actividades del Instituto Nacional Democrático financiado por el gobierno de Estados Unidos (el cual rompió con la hostilidad de la administración Reagan contra la oposición que participaba), y posteriormente la administración Bush, la comunidad internacional, y la campaña electoral de 1989-1990<sup>48</sup>. Al mismo tiempo, después de 1987, muchos elementos que pertenecían al liderazgo del FSLN se movieron hacia un pragmatismo político más grande y una acomodación más seria de las formas de la democracia electoral y representativa. El desacuerdo con y la falta de respeto hacia los conceptos de centro-izquierda de

---

Tanto Nicaragua como El Salvador  
tienen democracias incompletas,  
regímenes "híbridos",

---

la democracia política casi desaparecieron de su discurso público. El discurso elocuente de concesión de las elecciones de Daniel Ortega, el día después de las elecciones del 25 de febrero de 1990 fue un momento histórico en el movimiento sandinista hacia una acomodación con la democracia electoral. Después de su derrota electoral, los sandinistas hicieron una fuerte autocrítica durante varios meses con respecto al lado antidemocrático de sus prácticas políticas del pasado.

Lo que comenzó a desarrollarse en Nicaragua a finales de 1970 no fue una cultura política completamente democrática sino una cultura política nueva con elementos y potenciales democráticos —porque el régimen sandinista nunca fue completamente leninista, sino una mezcla de marxistas leninistas y de la línea de Gramsci, estudiantes radicales de clase media influenciados por la Izquierda Nueva de Europa y Estados Unidos y/o por la teología de la liberación, y elementos de centro-izquierda, todos con una orientación nacionalista fuerte. Mientras que el liderazgo central del FSLN fuera leninista, su nacionalismo fuerte, la experiencia del movimiento popular de finales de 1970, y las influencias de la línea de Gramsci, los llevaron a llenar el partido y el régimen con un énfasis en la movilización popular que nunca era simplemente manipulación, aunque un vanguardismo vulgar a menudo predominaba<sup>49</sup>. Al mismo tiempo, el hecho que el régimen sandinista necesitara copiar a los profesionales, administradores y técnicos de centro-izquierda y mantener algún nivel de

47. Muchos resultaron afectados por el debate de democracia versus vanguardismo y revolución que se vivía dentro de la izquierda de Italia, España y Chile.
48. Gran parte de la "oposición que participaba" se volvió más antisandinista de lo que había sido antes de 1985-1986, pero la gran mayoría se mantuvo dispuesta a participar bajo la constitución de 1987 y a buscar arreglos de trabajo con el FSLN. Una parte de lo que antes había sido la oposición más intransigente se movió en este sentido, creyendo que su abstencionismo en 1984 había sido un error serio. La mayoría del liderazgo de la oposición creía que el FSLN iba a ganar las elecciones presidenciales de 1990 (en base a amplias entrevistas que he realizado durante 1994-1996).
49. Para una literatura equilibrada sobre la ideología del liderazgo sandinista, vea Gilbert, Dennis. *Sandinistas*, New York, 1988; Hodges, Donald C. *Intellectual Foundations of the Nicaraguan Revolution*, Austin, 1986; y, especialmente, Ryan, Phil. *The Fall and Rise of the Market in Sandinista Nicaragua*, Montreal, 1995. Versiones críticas interesantes se pueden encontrar en *Sandino's Daughters Revisited*, New Brunswick, 1994. Una versión antisandinista que es unilateral pero tiene valor es Nolan, David. *The Ideology of the Sandinistas and the*



relación con, por lo menos, una parte de la burguesía, y mantener el apoyo de los socialdemócratas de Europa y Latinoamérica, significaba que a los elementos no leninistas y de centro-izquierda dentro del movimiento sandinista había que darles responsabilidades de liderazgo real y considerable autohomía dentro de ciertas esferas del régimen. El discurso público y la práctica de estos elementos, y sus interacciones con la "oposición que participaba" fomentaba la formación de una cultura política democrática.

Dado lo anterior, el discurso y la práctica del régimen sandinista, y su interacción con la oposición nacional (por lo menos de la región del pacífico y las áreas urbanas) incorporó a la gran mayoría de la población en la vida política nacional, y la cultura política popular se tomó las ideas de la participación masiva en los derechos ciudadanos, los derechos de las mayorías, la voz popular, la soberanía popular, por lo menos en lo abstracto. Todos los contendientes políticos, incluso los de derecha, adoptaron alguna versión de este discurso. El idealismo democrático se fue decayendo como consecuencia de la guerra de los contras y el sufrimiento económico después de 1986, y hubo contradicción con el vanguardismo vulgar del FSLN, así que el compromiso con dicho idealismo por parte de la mayoría de la población (incluyendo las élites sandinistas y antisandinistas) no fue sin ambigüedad y nunca se consolidó completamente. Pero como principio, su legitimidad nunca se negó, y fue reafirmada durante el proceso electoral de 1990.

Por eso, el autor plantearía que el notable nivel alto de asistencia en Nicaragua, y el contraste con El Salvador, se deben principalmente a:

(1) Casi 20 años de énfasis retórico sobre la movilización popular y la voz popular, compartido de una manera u otra por casi todas las fuerzas políticas. La cultura política nicaragüense ha desarrollado un sentido fuerte y amplio del derecho

de la gente a criticar a y exigir de —a ser insolente con— el estado y la clase política.

(2) El que la distancia social entre las mayorías pobres y el personal de las oficinas gubernamentales para la inscripción de los votantes y los lugares de votación no haya sido muy problemático en las elecciones en Nicaragua (excepto, en el caso de las elecciones de 1984, en la costa atlántica y en zonas remotas de las montañas del norte y centro del país). El régimen sandinista puso un énfasis fuerte y positivo en la inscripción universal y la accesibilidad de la inscripción y el voto, en parte porque el régimen necesitaba comprobar su legitimidad ante el mundo, y sabía que sus procedimientos serían revisados muy de cerca. El ente del gobierno establecido para realizar las elecciones, el Consejo Supremo Electoral, tomó muy en serio su papel, y desarrolló un nivel interno muy alto de profesionalismo y orgullo (el cual se vio afectado de forma negativa en 1996).

(3) Los nicaragüenses de todos los sectores sentían que las elecciones de 1990 eran importantes (en parte debido a la atención masiva que se les dio por Estados Unidos y la comunidad internacional), y confiaban en el Consejo Supremo Electoral. Los nicaragüenses habían desarrollado una actitud positiva con respecto al voto —que el voto era un derecho valioso, un deber cívico, un hecho de orgullo, mientras que el abstenerse sería mínimo un error estúpido (como en 1984), sino algo vergonzoso, un hecho de cobardía política. Todas las encuestas pre-electorales, sin importar las tendencias que mostraban con respecto al ganador, mostraban altos niveles de respeto hacia el CSE, grandes expectativas de que las elecciones serían honestas y limpias, y acuerdo con que el gobierno sandinista estaba desempeñando una buena función en la administración del proceso electoral (aun los que indicaban una intención de voto a favor de Violeta Chamorro mostraron bastante acuerdo con estas ideas). La encuesta de CID-Gallup tres meses después de las elecciones

---

*Nicaraguan Revolution*, Institute of Interamerican Studies, 1984. Una de las mejores versiones simpatizantes sigue siendo Black, George. *Triumph of the People: The Sandinista Revolution in Nicaragua*, London, 1981. Para una versión más actualizada que tiene una visión bastante simpatizante, vea Vanden, Harry y Provost, Gary. *Democracy and Socialism in Sandinista Nicaragua*, Boulder, 1993.

indicó que el 85 por ciento decía que las elecciones habían sido honestas y limpias. Estos resultados muestran un fuerte contraste con los resultados de encuestas similares en El Salvador<sup>50</sup>. Después de las elecciones de 1990, en Nicaragua, la gente —de ambos lados, los ganadores y los derrotados— seguían sintiendo que las elecciones habían sido importantes. Sentían que habían mandado un mensaje con su voto. Las historias que se cuentan en Nicaragua sobre las elecciones de 1990 son historias de eventos dramáticos e importantes, en los que la mayoría de los nicaragüenses, tanto ganadores como derrotados, encontraban motivos para sentirse orgullosos. La gente de El Salvador cuenta otro tipo de historias sobre las elecciones (especialmente las elecciones de 1972 y 1977, descaradamente robadas por las fuerzas armadas —que causaron que la izquierda adoptara la consigna “¡electoreros al basurero!”—); aquí, por lo menos hasta hace poco, sólo los ganadores, y no los derrotados y los que se abstienen, han sentido orgullo por las elecciones.

Una nota sobre el contexto internacional: a menudo se asume que con el fin de la guerra fría y el crecimiento de la integración de la economía política global bajo la hegemonía de los poderes capitalistas democráticos deben facilitar la “transición hacia la democracia.” Pero, efectivamente, estos acontecimientos no significan que el contexto internacional sea sencillamente favorable para la democracia, especialmente en los países pequeños y pobres que fueron dañados de una manera u otra por los últimos espasmos de la guerra fría. El nivel de escepticismo, cinismo, cautela, aversión ante cualquier riesgo y falta de poder entre la gente de estos pueblos es estimulado y reforzado por la experiencia de una globalización intensificada que

se les cae encima inmediatamente después de estos efectos de la guerra fría, sin dar tiempo ni para respirar entre los dos momentos —ambas experiencias llenas de una sensación de estar sujeto a fuerzas poderosas que vienen desde afuera y que están completamente fuera del control de los actores nacionales.

Es significativo también que para la izquierda del tercer mundo, el fin de la guerra fría y el fin de la idea misma de una revolución socialista vienen en el mismo momento histórico que la intensificación de la globalización de las economías y los medios de comunicación, y el pleno desarrollo de las encuestas electorales y las campañas televisivas. Al mismo tiempo, no se mejora en nada la situación socioeconómica de las clases pobres y populares del tercer mundo, y no hay una reducción en la desigualdad socioeconómica; de hecho, dicha desigualdad crece considerablemente. Es un ambiente muy difícil para el intento de la izquierda por reformular de manera fundamental su proyecto socioeconómico, su cultura política y su estrategia para llegar al poder. El camino más fácil los lleva desde el viejo irrealismo de la ideología utópica del desarrollo socialista y el vanguardismo al nuevo irrealismo del “modelo moderno” de las campañas televisivas y la “política virtual”<sup>51</sup>. Es, además, un ambiente muy difícil para que un centro-izquierda auténtico, previamente marginado por la polarización de la guerra fría, logre restablecerse como una figura importante.

Es especialmente notable que en el caso de El Salvador, durante el momento histórico, cuando el centro-izquierda fue aplastado y expulsado de la política, ocurriera una comercialización masiva del “ambiente edificado” (en los centros urbanos,

50. Pero para 1993, las encuestas mostraban que los nicaragüenses habían perdido toda confianza hacia las instituciones de gobierno y los partidos políticos en general, con mayorías grandes mostrando actitudes que eran por lo menos algo negativas. Estas cifras, similares a, y a veces más negativas que, los resultados de las encuestas en El Salvador, se mantuvieron hasta 1996. Sin embargo, la asistencia en las elecciones en Nicaragua en 1996 fue muy alta. Ni estas actitudes, ni las actitudes sobre eficacia interna y externa, son significativamente más positivas en Nicaragua que en El Salvador, así que no pueden explicar el enigma de la asistencia. Sobre las actitudes en El Salvador, vea Coleman, Kenneth M.; Cruz José, Miguel y Moore, Peter. “Retos para consolidar la democracia en El Salvador”, *Estudios Centroamericanos*, No 571-572, Mayo-Junio, 1996; Spence, Jack; Dye, David; Lanchin, Mike y Thale, Geoff. *Chapultepec: Five Years Later*, Boston, enero, 1997, pp. 7, 9-10. Sobre las actitudes en Nicaragua, vea Butler, Dye y Spence, *Democracy and Its Discontents*, op cit., pp. 7-11; y los artículos en *Cultura Política y Transición Democrática en Nicaragua*, op cit. Vea también Booth, John y Seligson, Mitchell. “Paths to Democracy and the Political Culture of Costa Rica, Mexico, and Nicaragua”, en Diamond, Larry, ed. *Political Culture and Democracy in Developing Countries*, Boulder, 1994.

51. Sobre el “modelo moderno” y la “política virtual” vea Swanson, David y Mancini, Paolo. “Patterns of Modern Electoral Campaigning and Their Consequences”, en *Politics, Media, and Modern Democracy*, op cit.

especialmente San Salvador) y del ambiente de los medios de comunicación. En El Salvador, durante los años de la "transición hacia la democracia", en lugar de que la influencia principal de Estados Unidos fuera la promoción sostenida y sistemática de la politización y organización de los sentimientos de alienación hacia el gobierno de turno, como fue el caso en Nicaragua, la influencia principal de Estados Unidos fue la penetración de la cultura del espectáculo, las estrellas, el consumo a través de la televisión de cable, la construcción de nuevos centros comerciales (financiada con dinero que tuvo su origen en la ayuda económica y militar de Estados Unidos de la década de los ochenta), y el poder adquisitivo basado en las remesas familiares masivas de los salvadoreños en Estados Unidos. Los jóvenes que se interesan por la industria del espectáculo y la cultura del consumo no son buenos candidatos para la politización. Las encuestas de salida y poselectorales indican que tienen niveles muy bajos de asistencia. Revivir la movilización popular de la centro-izquierda bajo estas circunstancias nuevas es muy difícil.

## 6. Conclusión: los sube y baja de las democracias incompletas

No obstante todo lo anterior, la izquierda (el FMLN) salió bien en las elecciones legislativas y municipales en El Salvador en marzo de 1997 (ganando las alcaldías de casi todos los municipios principales del país y casi el mismo número de diputados que ARENA en la legislatura), y el centro-izquierda (en la persona del candidato ganador para alcalde, Héctor Silva) salió muy bien en la ciudad de San Salvador. Estos éxitos son, sin embargo, limitados. Toda la izquierda reconoce que estas victorias representan tanto el fracaso político de ARENA (cuyo número de votos bajó fuertemente) como el éxito político de la izquierda, o

quizás aún más la primera. Además, hay que enfatizar que la asistencia de la población en edad de votar llegó sólo al 38 por ciento, y parece que tanto los que históricamente se han abstenido de votar como los jóvenes recién llegados a la edad de votar se quedaron fuera del proceso<sup>52</sup>. Mientras que el FMLN incrementara el total de votos recibidos en las elecciones legislativas con unos 80,000 votos, comparado con las elecciones de 1994, el total representa sólo el 12 por ciento de la población en edad de votar. Como contraste, el FSLN recibió el voto de más del 25 por ciento en Nicaragua en las elecciones de octubre de 1997<sup>53</sup>. Sin embargo, cuando el autor regresó a Managua y El Salvador en mayo de 1997, tuvo la impresión que las posibilidades a corto plazo son más alentadoras en El Salvador que en Nicaragua tanto para la izquierda democrática como para el desarrollo y la consolidación en general de la democracia. ¿Cómo puede ser así, cuando, de acuerdo al análisis en este artículo, la legitimación e implementación de la participación masiva en los derechos ciudadanos y la presencia del centro-izquierda han sido mucho más fuertes en Nicaragua que en El Salvador desde 1979?

En lo más básico, el autor insiste en la importancia que en Nicaragua la participación incluye un porcentaje mucho más alto de los pobres que en El Salvador (o que en muchos otros países que dicen ser democracias)<sup>54</sup>. Los actores políticos en Nicaragua, tanto de derecha como de izquierda, deben tomar eso en cuenta y bien podemos encontrar coyunturas en el futuro en las que eso sea un factor importante. Más allá de eso, hay niveles estructurales y coyunturales de la explicación.

Es notable que las tendencias democráticas sean tan duraderas como lo han sido durante los últimos

52. Evidencia preliminar de esto viene de la encuesta de salida del IUDOP en la ciudad de San Salvador.

53. El FSLN recibió más votos en las elecciones de octubre de 1994 de los que haya recibido cualquier partido político en cualquier elección en El Salvador, a excepción de los ganadores en las segundas vueltas de las elecciones presidenciales de 1984 y 1994 —esto a pesar de que dada la población más grande que tiene El Salvador, el electorado salvadoreño siempre ha sido un 20 a 35 por ciento más grande que el de Nicaragua. Armando Calderón Sol, en su victoria aplastante en la segunda vuelta de 1994, recibió el apoyo del mismo porcentaje del electorado (30 por ciento) como recibiera Daniel Ortega en su derrota aplastante en 1990 (y ambos superaron ligeramente el porcentaje de la PEV que votaran por Ronald Reagan en su derrota aplastante de Walter Mondale en las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 1984).

54. Existe bastante literatura que apoya la idea que un nivel alto de asistencia entre las clases bajas produce gobiernos que son más dados a prestar atención a los intereses de estas clases. Vea Lijphart, "Unequal Participation", *op cit.*, pp. 4-5 y las fuentes que allí se citan.



diez años en Nicaragua; un país sumergido en la pobreza más extrema por los esfuerzos sostenidos de la administración Reagan por destruir su economía. A nivel global, históricamente es extraordinario que un país tan pobre, tan subdesarrollado a nivel institucional, con una historia tan violenta y autoritaria, tenga hasta el nivel más mínimo de democracia<sup>55</sup>. Hasta donde yo conozco, ningún país ha hecho una "transición hacia la democracia" bajo circunstancias económicas tan negativas como las que han existido en Nicaragua desde 1987 (el único caso parecido puede ser el de Haití —donde fue necesaria una ocupación prolongada por tropas de Estados Unidos y la Organización de las Naciones Unidas). Tiene importancia el que durante la década de los ochenta, la política de Estados Unidos hacia El Salvador era de apoyar y no de destruir la economía.

Al mismo tiempo, algunas oportunidades para progresar se han perdido o desperdiciado, como resultado coyuntural de decisiones y errores en la práctica política de ciertos actores políticos. Los fracasos notables del centro nicaragüense durante el gobierno de Chamorro, el que el FSLN no avanzara efectivamente en la democratización interna, el giro antidemocrático de la jerarquía de la iglesia católica, y la entrada al escenario político de somocistas de línea dura de Miami, han contribuido a la caída de las expectativas democráticas — lo cual vemos

---

Sólo en la medida en que el centro-izquierda regrese al ámbito político y debata con la izquierda, la derecha, y el centro-derecho va a ser posible desarrollar un entendimiento mejor de la democracia política

---

claramente en las últimas semanas de la campaña electoral de 1996 y los primeros meses del gobierno de Alemán. La capacidad de la izquierda y el centro-izquierda para luchar efectivamente por la democratización en Nicaragua ha sido gravemente afectada por la división en el FSLN y el MRS o quizás, más bien, por el nivel de rencor personal y recriminaciones públicas entre los líderes de los dos. Las divisiones en el FMLN han resultado ser menos dañinas, y parece ser que el FMLN se está volviendo una fuerza importante para la democratización. La reacción de ARENA ante los resultados electorales de 1997 es positiva también, especialmente si se compara con las acciones del gobierno de Alemán durante los primeros meses de su mandato<sup>56</sup>.

Finalmente, permítame recordarle al lector que en 1989-1990 (tanto antes como después de las elecciones en Nicaragua), las expectativas para la democratización de los dos países se miraban muy diferentes de lo que se miran hoy. La situación en ambos países en ese momento estaba abierta a una variedad de acontecimientos (a pesar de ser

fuertemente limitada tanto por las realidades estructurales de la economía nacional e internacional como por actores externos), y las posibilidades de más democratización han tenido su sube y baja desde ese momento. Es evidente que la legitimación de la participación masiva de los

55. Sobre las expectativas negativas de la consolidación de la democracia en los países pobres, vea Ruhl, J. Mark. "Unlikely Candidates for Democracy: The Role of Structural Context in Democratic Consolidation", *Studies in Comparative International Development*, Vol 31, No 1, 1996. Para una actualización de la tesis clásica de Seymour Martin Lipset que el desarrollo económico es un requisito necesario de la democracia, vea Diamond, Larry. "Economic Development and Democracy Reconsidered", en Marks, Gary y Diamond, Larry, eds. *Reexamining Democracy*, Sage Publications, 1992.

Hasta hace muy poco, los países pequeños y pobres de Centroamérica siempre se habían considerado malos candidatos para la democratización (a pesar del éxito temprano y sostenido de Costa Rica). Ebel, Roland H. "Governing the City-State: Notes on the Politics of the Small Latin American Countries", *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, 13, No 3, agosto, 1972; Ebel, "The Development and Decline of the Central American City-State", Washington, 1984; Rosenberg, Mark. "Political Obstacles to Democracy in Central America", en Malloy, James & Seligson, Mitchell, eds. *Authoritarians and Democrats: Regime Transition in Latin America*, Pittsburgh, 1987. Para un análisis un poco más positivo (pero siempre mixto) vea Seligson, "Development, Democratization, and Decay: Central America at the Crossroads", en el libro de Malloy & Seligson.

56. Veá *Envío*, junio, 1997, Vol 16, No 191.

derechos ciudadanos y el progreso hacia la institucionalización de elecciones honestas con un alto nivel de asistencia que se han visto en Nicaragua, aunque sean muy importantes, no son, en sí, ni cerca de lo necesario como para producir un desarrollo y una consolidación completa de la democracia. Estos logros son necesarios, pero no son suficientes. Tanto Nicaragua como El Salvador tienen democracias incompletas, regímenes "híbridos"<sup>57</sup>, en los que los diferentes componentes de la democratización pueden prosperar, estancarse, tropezarse, ir hacia atrás y revivirse con velocidades distintas y variadas. El que sigan los sube y baja, que los éxitos sigan siendo limitados, parciales y revueltos con elementos de fracaso, son características esenciales de estas democracias tan seriamente incompletas.

A mi parecer, en la historia, mientras que una izquierda radical muchas veces ha sido necesaria para vencer un "despotismo reaccionario" y abrir los espacios para la democratización, el centro-izquierda siempre ha jugado un papel clave en llevar a los países más allá del estatus híbrido de la democracia incompleta a una democracia política relativamente plena y consolidada. Casi siempre ha sido necesario para el desarrollo completo de la

democracia política la existencia de un centro-izquierda que luche por, dependa de, y movilice una participación masiva en los derechos ciudadanos y un sufragio masivo, efectivamente mediando entre derecha y izquierda, para que tanto la derecha como la izquierda lleguen a aceptar algunos principios centristas, en especial, el principio de la ciudadanía universal y el principio de una esfera pública abierta.

Sólo en la medida en que el centro-izquierda regrese al ámbito político y debata con la izquierda, la derecha, y el centro-derecho va a ser posible desarrollar un entendimiento mejor de la democracia política como una presencia en la cultura política, la sociedad civil y la esfera pública en las democracias nuevas de Centroamérica. Pero estos cambios peligran de ser abrumados por la "industria de la democracia". La consolidación democrática requiere un centro-izquierda que sea profesionalizado de alguna manera, pero tradicional en otras áreas, operando dentro de la sociedad civil y de la política electoral, luchando tanto contra los nuevos males de la industria de la democracia como contra los viejos males de la derecha antidemocrática y la izquierda antidemocrática.



57. Vea Lynn Karl, Terry. "The Hybrid Regimes of Central America", *Journal of Democracy*, Vol 6, No 3, julio, 1995; y mi artículo "Does Democracy Need a 'Center'? Political Polarization, Mass Citizenship, and Problems of Democratic Consolidation in Nicaragua and El Salvador", no publicado.